
LA JOYA DE LAS MONTAÑAS

Personas que hablan en ella:

- **EL REY de ARAGÓN**
- **EL PRÍNCIPE, Fortunio Garcés**
- **EL CONDE de Aznar**
- **MOSQUETE, gracioso**
- **LEONOR, dama**
- **LAURA, criada**
- **Un ÁNGEL**
- **EUROSIA, princesa de Bohemia**
- **CORNELIO, príncipe**
- **ARCISCLO, obispo**
- **BODOQUE, lacayo**
- **ATANAEL, capitán moro**
- **TARIFE, moro**
- **MECOT, moro**

JORNADA PRIMERA

Salen EUROSIA y BODOQUE

BODOQUE: Yo lo pensaré despacio.

EUROSIA: Tu desatención me admira.

¿No basta que yo te ruego?

BODOQUE: Sí, señora; mas--¡por vida

de Bodoque!--que a cualquiera

que tiene ley conocida,

no pasando a mejorar,

el mudar le hará cosquillas.

EUROSIA: El mejorar en la ley

es verdad bien clara y limpia,

y pues razones no bastan

a postrar tu rebeldía,

basta ver que todo el pueblo

y aun el reino lo confirma,

pues que ya desengañada

de la ciega idolatría,

toda Bohemia promete,

con inspiración divina,

seguir a Cristo; ¿y tú sola

con tan dañosa porfía

quieres resistirte,

necio, a tan soberana dicha?

BODOQUE: Ya estuviera convertido

si no por aquella lista

de los mandamientos.

EUROSIA: ¿Cómo?

¿Tanta gente convertida

no te mueve?

BODOQUE: No muy mucho,

porque mi abuela decía
que de espacio se arrepiente
quien se determina aprisa.

EUROSIA: ¿Es posible que no bastan
tantas pláticas divinas
de Metodio a convertirte?

BODOQUE: Sí, señora; mas las tripas
me dicen que no importa
seguir aquella doctrina
que me obligará a ayunar.

EUROSIA: Esta ley es tan benigna
que sólo obliga a quien puede
abstenerse algunos días
de alimentarse a deshora;
y quien con acierto mira
las cosas de Dios, bien puede
experimentar debidas
abstinencias en la ley
para conseguir la dicha
de ser amado de Dios.

BODOQUE: Harto bien me solicita;
mas agora, muerto de hambre,
que no he comido en dos días,
¿cómo quiere que yo crea
en ayunos, aunque diga
que son buenos, si, al contrario,
conozco por mi desdicha
que los días que no como
no tengo más malos días?

EUROSIA: ¡Qué mal entiendes, Bodoque,
de aquella esencia infinita
los impulsos soberanos!
La gula sólo apadrinas
para estorbo a tantas luces
de católicas doctrinas.
¿No has oído en el sermón
las historias repetidas
de tantas dichosas almas
que con esta fe divina
de la gracia resplandecen,

fulgentes rayos de Cintia,
en el cielo?

BODOQUE: No me acuerdo.

EUROSIA: ¡Qué neciamente te olvidas!

BODOQUE: ¡Si siempre me da el sermón
un sueño tan sin medida!
Yo pienso dar en letargo
si mucho más me predica.

EUROSIA: ¿A dormir vas al sermón?
Tu necedad me lastima.

BODOQUE: Señora, con eso cumplo
con lo que el sermón decía,
que en latín, si no me engaño,
como a quien se lo entendía,
me dijo, *dormite jam*,
y fue en mí moción tan viva,
que me convertí al instante,
pues todo el sermón dormía.

EUROSIA: Tus necedades me cansan,
y pues tan necio porfías
en resistirte a mis ruegos,
yo haré que mi padre siga
mi parecer y te saque
de palacio. (¡Luz divina, Aparte
no neguéis vuestro esplendor
a quien mi amor solicita!)

BODOQUE: Ya parece que acá dentro
me están convirtiendo aprisa.

EUROSIA: De Dios fío este favor;
un poquito te retira,
que a solas quiero quedarme.

BODOQUE: Bien está; mas, tripas mías,
si a la cocina llegare
no tendréis muy mala vida.

*Vase. Saca EUROSIA un retrato de un crucifijo, que
tendrá en el pecho*

EUROSIA: ¡Divina luz de mis ojos,

alumbrad los corazones
 que están haciendo baldones
 de vuestra ley; y en despojos
 de sus vencidos arrojados,
 con la debida humildad
 os doy mi virginidad,
 y con entera afición,
 alma, vida y corazón,
 con pureza y castidad!

*Sale BODOQUE corriendo y comiendo un pedazo de
 carne*

BODOQUE: Señora, que viene allí
 vuestro hermano en compañía
 del obispo de Lusacia.

EUROSIA: ¿Qué querrá su señoría?
 ¡Oh, quién pudiera, Bodoque,
 diferir esta visita!

BODOQUE: Deben de querer comer,
 que está a punto la comida.

EUROSIA: ¿Qué es esto? Sucio, asqueroso,
 ¿carne comes este día?

BODOQUE: Señora, que no la como.

EUROSIA: ¿No sabes que está prohibida
 por la iglesia?

BODOQUE: Sí, señora;
 mas acá dentro, en las tripas,
 tengo un rincón donde guardo
 esta poca fiambrería
 para alguna colación.

EUROSIA: ¡Ah, qué necia es tu porfía!

Salen ARCISCLO, obispo, y CORNELIO

ARCISCLO: ¡Con qué espíritu y fervor
 el predicador inclina
 las almas con santo celo

a proseguir la divina
carrera de la virtud!

CORNELIO: Es Metodio quien aspira
a la salvación del alma
desterrando idolatrías
que en toda Bohemia andaban,
y con eso se ejercita
a dar en pláticas santas
el fruto de su doctrina.

ARCISCLO: A la princesa he de hablar
y deseo que reciba
con cariño la embajada
sola, en vuestra compañía.

CORNELIO: El cuarto de Eurosia es éste,
y mi hermana la que miran
como enojada mis ojos.
Sin duda estará ofendida
de vernos aquí, que pasa
en virtud tan fuera mida,
que el retiro la recata
o el recato la retira;
pero en conociendo, creo,
hoy a vuestra señoría,
reconocerá dichosa
lograr tan buena visita.
¿Hermana Eurosia?

ARCISCLO: ¿Cornelio?

CORNELIO: Dios te guarde, hermana mía.
Nuestro tío es quien desea,
así Dios se lo permita,
hablar con los dos de espacio.

EUROSIA: La obediencia solicita
corresponder cariñosa
en ocasión tan precisa.

BODOQUE: (Algún sermoncito habrá; Aparte
mala la verán mis tripas
si esto dura tanto o cuanto.)

ARCISCLO: Escucha, hermosa sobrina,
que, pues estamos a solas,
antes que otra compañía

sea de la atención estorbo,
 deseo darte noticia
 de algunas cosas que a todos
 nos han de ser de alegría.

EUROSIA: ¡Ay, señor, válgame el cielo!

Nunca mi Dios me permita
 la menor inobediencia;
 sólo quisiera este día
 servir al suelo de alfombra
 por las plantas que le pisan.

ARCISCLO: Estimo vuestra humildad.

EUROSIA: Ser vuestra esclava es gran dicha

ARCISCLO: Esclavitudes hay nobles
 que ensalzan a los que humillan.

BODOQUE: (Esto se anda en cumplimientos, Aparte
 y lleve el diablo sus vidas
 si el obispo no anda a caza
 de alguna sobrada mitra.)

ARCISCLO: Importa que ese criado
 se vaya.

BODOQUE: (¡Qué brava risa! Aparte
 ¿Cuánto me dará que vaya
 y no vuelva acá en mi vida?)

CORNELIO: Señor, éste es un criado
 que desde su niñez misma
 ha vivido en el palacio
 de mi padre y es la risa
 de toda la corte, y pienso,
 según acá se imagina,
 que por ser poco constante
 en lo poco a que se inclina,
 y haberse vuelto cristiano,
 hoy mi hermana solicita
 tenerle consigo siempre,
 por lo poco que en él fía.

ARCISCLO: Pues quede acá, que no importa,
 que capacidad sencilla
 a nadie puede ofender.

BODOQUE: (Pues gánome las albricias Aparte
 y me quedo.) ¡Ah, señora!

¿Iré a avisar a Llocinda
que haga algún guisado nuevo?

EUROSIA: En comida o en bebida
es todo tu anhelo siempre.
¿No es mejor oír la misa,
acudir pronto al sermón,
pegarse una disciplina,
tener continua oración,
ayunar algunos días
y servir a Dios gustoso
con la conciencia muy limpia?

BODOQUE: Todo aqueso lo concedo;
por señal que el otro día
el cura me prometió
decirme treinta y tres misas
y treinta y cinco sermones.

EUROSIA: ¿Por qué?

BODOQUE: Porque el otro día,
estándose espeluznando,
y hay quien dice tiene tiña
porque está todo pelado,
pasó una ave de rapiña,
y con furioso ademán
le quitó la gorretilla.
Cayósele luego al punto
junto a casa de Llocinda,
y ella que la vio caer
a su casa la retira,
sin duda para limpiarla,
que la muchacha es muy limpia,
y el otro día cenando
en su casa, que por dicha
me convidó, por mi suerte
la hallé dentro una morcilla.

EUROSIA: ¡Y que esa limpieza alabes!

BODOQUE: ¡Es para mí cosa rica!

EUROSIA: Ya te he dicho muchas veces
no te ausentes de mi vista
sin mi licencia.

BODOQUE: Está bien.

EUROSIA: Sepa vuesa señoría,
 tío y señor, que mi anhelo
 es conservar, si por dicha
 pudiese, en este criado
 la cristiana disciplina,
 pues de sus primeros años,
 antes que mi madre en cinta
 de mí estuviere, y aun antes
 que de la idea divina
 donde todos los posibles
 tienen su ser, a la dicha
 de ser actual persona,
 con inspiración de vida
 la omnipotencia de Dios
 me trasladase propicia,
 en servicio de mis padres
 estaba ya muchos días
 sirviendo de bullicioso,
 y no quisiera, advertida
 de su inocencia, malogre
 de ser cristiano la dicha.
 Con este celo, señor,
 de la virtud noble guía,
 a las razones de estado
 he faltado inadvertida;
 perdón os pido, señor,
 y si vos mandáis que os sirva,
 en cuanto os fuera de agrado
 os serviré de rodillas.

ARCISCLO: Alzad, ilustré señora,
 querida y noble sobrina,
 que en princesas como vos
 tanta humildad no se estila.

EUROSIA: De cualquier modo, señor,
 a vuestra planta es debida
 esta acción. (¡Ay, Jesús mío! Aparte
 ¿Qué será esto a que aspira
 mi tío?)

ARCISCLO: Escucha, señora,
 que, pues la ocasión obliga,

sobre cosas de importancia
 quiero hablaros este día,
 si me diéredes licencia.

EUROSIA: Vuestra voluntad es mía.

ARCISCLO: Pongo toda mi embajada
 en palabras muy sucintas.

EUROSIA: ¡Ah, Bodoque!

BODOQUE: Ya te entiendo;
 por Bodoque rastra sillas.

Siéntanse

ARCISCLO: Bien sabes, princesa ilustre,
 aquel estrago tremendo
 de la destrucción de España
 el año de setecientos
 y diez y seis, según dicen
 los coronistas del tiempo,
 y que parcial causa fue
 de tan lastimosos hechos
 el rey inicuo Ubitiza
 porque introdujo en el reino
 tantas enormes costumbres
 contra Dios y contra el cielo
 que, por ser tan mániestas,
 referirlas es superfluo.
 Dio complemento a la causa,
 aunque no sé yo si es cierto,
 que aunque el mundo lo publica
 puede ser falso el concepto.
 El rey de España Rodrigo,
 de los godos el postrero,
 dicen que estupro a Florinda,
 --¡desdichado atrevimiento!--
 hija del conde Julián,
 y sentido el caballero
 de tan deshonesto acción,
 pasó en África, con celo
 de levantar escuadrones

de bárbaros sarracenos
para destruir a España
y dar al rey el más cierto
pago de su vil acción;
y prosiguiendo su intento
puso por ejecución
su bárbaro pensamiento.
En España perseveran
--¡extraño rigor del cielo!--
de aquel pérfido Mahoma
las leyes y los decretos.
Sólo se excepta Aragón,
que de sus montes soberbios
hacen fortines que espantan
los mauritanos intentos,
defendiendo valerosos
la ley del manso Cordero
que, sacrificado en aras
de aquel sagrado madero,
sacó a los hombres que estaban
en el común cautiverio.
García Íñiguez, su rey,
empuñó el sagrado cetro,
y ya el segundo Adriano,
vicario de Dios supremo,
le apadrina desde Roma
como merece su afecto,
cuya beatitud sagrada,
con amor y santo celo,
me quiso honrar con mandarme
viniese a Bohemia luego
con una cierta embajada
a vuestros padres; y creo
que quiso honrar mi persona
sólo por ser vuestro deudo.
Comuniqué a vuestros padres
la voluntad del supremo
pontífice, y me responden
que será el mayor contento
que puede darles el mundo

si se lograre su intento.
 Importa, pues, noble Eurosia,
 que como tal os venero,
 perdone el sacro decoro,
 que sin ajar tu respeto
 he de arrojarme a deciros
 que para el sacro himeneo
 con don Fortunio Garcés,
 varón justo y verdadero
 y príncipe de Aragón
 os tiene escogida el cielo.
 Vuestros padres lo desean,
 y yo os suplico, rindiendo
 mi persona a vuestras plantas,
 no se malogre mi afecto,
 así vea a vuestra alteza
 con las dichas que deseo.

EUROSIA: (¡Ay de mí! ¿Qué turbación Aparte
 es la que tiene mi pecho?
 ¡Si acertaré a responder!
 Déme su favor el cielo.)
 Tío y señor, mucho estimo
 vuestra voluntad y afecto.
 (Cielos, ¿he de resistirme?) Aparte

Dentro

ÁNGEL: El fin es bueno y honesto.
 EUROSIA: Una voz oigo que dice,
 "el fin es bueno y honesto."
 Si es el ángel de mi guarda,
 que así lo luzgo y lo creo,
 bien podré yo dar el sí
 sin que Dios se ofenda de ello,
 que si le ofrecí gustosa
 mi virginidad al cielo,
 no ha de permitir me falte
 valor para el complemento.
 Pues digo, señor, que admito

lo que me tenéis propuesto,
y me pena haber tardado
a resolverme, pues tengo
por cierta mi dicha, estando
vuestra persona por medio.

ARCISCLO: Sois muy prudente, sobrina.

EUROSIA: ¿Qué te parece, Cornelio?

CORNELIO: Yo estoy, hermana, que adoro
tan bien acertado intento.
Tomar estado es cordura;
diferirlo no es acierto.
Vuestra edad apenas entra
en los tres lustros y medio,
y podrá ya coronarse
del puro y sacro himeneo.
Yo os ofrezco, hermana mía,
si no me falta el aliento,
acompañaros gustoso.

ARCISCLO: Pues yo lo mismo prometo.

BODOQUE: ¿Y yo piensan que no iré,
a darme entre burla y juego,
cuatro o cinco buenos días?

EUROSIA: Con tales socios bien puedo
ir. ¡Hermoso Sol divino,
acompañad mis deseos!

BODOQUE: Éstos deben ser los sucios,
porque según de mí pienso,
soy un hombre muy pulido,
y crean que si me afeito
no hay muchacho como yo
para andar en casamientos.

CORNELIO: De dicha tan singular
parabienes me prevengo.

ARCISCLO: Bien podéis creer, sobrina,
que estoy loco de contento.

EUROSIA: A mi cuarto me retiro
a dar a Dios lo que debo.

CORNELIO: Hermana, el cielo os asista
y os haga ilustre dueño
de la corona de España.

ARCISCLO: Sobrina, ayúdeos el cielo.

EUROSIA: Adiós; tío; adiós, hermano.

Vase EUROSIA

BODOQUE: Ojalá que empuñe el cetro,
aunque me cueste de casa
lo que Dios quiera por ello.

CORNELIO: Y yo, por dar a mis padres
noticias de este suceso,
voy al punto.

ARCISCLO: Yo también
soy nuncio de su contento.

Vanse CORNELIO y ARCISCLO

BODOQUE: El obispo se hace nuncio;
¿cómo puede ser? Mas cierto
que debe andar a la parte
de la ganancia, y por eso
en lo público es obispo,
pero nuncio en lo secreto;
para ganar las albricias
corro por llegar primero.

*Vase. Salen el CONDE de Aznar y MOSQUETE envainando
las espadas*

CONDE: Mejor van descalabrados
de lo que yo presumi.

MOSQUETE: Escondámonos aquí
por si vienen más soldados
de estos morazos. ¡Qué fiero
iba aquel calzaparrillas!
¡Ay, pobres de mis costillas!

CONDE: ¿Adónde vas, majadero?

MOSQUETE: A esconderme aquí.

CONDE: Pues ¿cómo?
 ¿Qué temes, si estás conmigo?

MOSQUETE: Temo siempre que te sigo
 porrazos de lomo a lomo.
 Apenas los dos herejes
 seguiste, cuando vinieron
 seis o siete, que me dieron,
 sin que de mi honor te quejes,
 mil cuchilladas aquí.

CONDE: Pues ¿por eso has de esconderte?
 Villano, has de ser muy fuerte
 o jamás irás con mí.
 ¡Ay, Leonor, extraño caso!
 Cuando Marte más me busca
 el niño dios más me ofusca.
 ¡Que me quemó, que me abrasó!
 Hermosísima Leonor,
 ¡qué veloz mi amor se fragua!

MOSQUETE: Pues arrójate en el agua
 si tienes mucho calor.

CONDE: ¡Ay, Mosquete, cómo ignoras
 del niño ciego los tiros!
 Son envenenados giros
 de Circes encantadoras.
 ¿Quién como yo desdichado
 tiene de qué se quejar?

MOSQUETE: La triaca puedes tomar
 por si estás envenenado.

CONDE: ¿No sabes que una mujer
 es de mi alma hermoso nicho?

MOSQUETE: Pues si nunca me lo has dicho,
 ¿cómo lo puedo saber?

CONDE: Leonor, aquella ingrata,
 con su desdén me atropella;
 Leonor es la centella
 que con incendios me mata;
 Leonor es por quien vivo
 amante de sus rigores,
 y entre estos mis ardores
 muero de su amor cautivo.

MOSQUETE: ¡Jesús y qué disparates
 en tu grave pecho encierras!
 ¿Agora en tiempo de guerras
 con mujercillas combates?
 Dices que Leonor te mata,
 que ella tiene tu alma viva,
 ella dices te cautiva
 y te favorece grata;
 todas son contradicciones
 de una loca fantasía,
 y si das en la manía
 de tan necias presunciones,
 ¿qué diablo te ha de entender?

CONDE: Damas hay de mucha estima,
 mas como mi hermosa prima
 no tiene el mundo mujer.

MOSQUETE: No me espanto estés tan tierno
 por esa dama Leonor;
 mas presumo que su honor
 llevarás aún al infierno.

CONDE: Siempre a mi gusto te opones
 con muy toscas necesidades.

MOSQUETE: Pues si va a decir verdades,
 soy tu amigo. ¿Qué dispones?

CONDE: Importa, Mosquete amigo,
 si quieres darme consuelo,
 que aqueste papel de un vuelo
 le llesves. ¿Estás conmigo?

MOSQUETE: Sí, señor.

CONDE: Pues mira, advierte
 que si al príncipe topares
 no le digas mis pesares,
 porque fuera darme muerte.
 Toma, vete.

Dale el papel

MOSQUETE: Ya tercero
 me voy haciendo a mi ver.

CONDE: ¿Por qué?

MOSQUETE: Nunca puedo ser
ni segundo ni primero.

CONDE: Cuando el amor es honesto
no es deshonra fomentarle.

MOSQUETE: Pues yo imagino obligarle
honestamente, y con esto
me llaman todos Mosquete,
que es algo más que arcabuz;
pero en mí, por esta cruz,
que es lo mismo que alcahuete.

Vase MOSQUETE

CONDE: Sale el sol por el cielo luminoso
las nubes pardas de oro perfilando,
y con su luz los montes matizando
ilustra el campo su zafir hermoso.
Veloz pasa su curso muy furioso
y cuando la quietud solicitando
halla otro mundo que voceando
al sol le pide su esplendor hermoso,
a la campaña salgo defendido
de fuertes rayos de mi estoque ardiente
quien se rinde el bárbaro vencido.
Y cuando de el descanso solamente
busco un instante, torpe mi sentido
me acomete el amor eternamente.

Sale MOSQUETE corriendo

MOSQUETE: Señor, el rey viene aquí
y él príncipe, no sé a qué;
a Leonor no la topé
en su casa, y advertí
..... [-era]
..... [-é]
lo que después te diré.

CONDE: No quisiera que me vieran
ocioso en esta ocasión,
que al verme así coligieran
de mi semblante, o tuvieran
sospechas de mi pasión.

MOSQUETE: ¡Ay, que llegan!

CONDE: Ven conmigo;
abrevia el paso, apresura.

MOSQUETE: En cualquier conjetura
como sea huír te sigo.

*Al irse topan a LEONOR y LAURA que
salen*

CONDE: ¡Ay cielos, y qué ventura!

LEONOR: ¿Adónde, conde y señor?
¿adónde vais tan de prisa?

CONDE: ¡Ay de mí, bella Leonor!
Tocando al arma precisa
dar alas a mi valor.

LEONOR: Siempre vais muy ocupado
en negocios de la guerra.

CONDE: Con mucho ardor abrasado,
los que hoy mi pecho encierra,
me tienen puesto en cuidado.

MOSQUETE: Vamos luego sin tardar,
porque llegan, ¡voto a Cristo!

CONDE: Sin ti me voy a penar.

Salen el REY y el PRÍNCIPE

LEONOR: Ya no os podéis apartar,
porque entiendo que os han visto.

REY: La fortuna se mejora,
pues en este mismo día
la victoria da alegría
y otra nueva me atesora
el bien que más convenía.

Pero ¿no es aquéste el Conde?

CONDE: A vuestros pies, gran señor,
postro mi alma y mi valor.

REY: A mis brazos corresponde
vuestra lealtad. ¿Leonor?

LEONOR: Señor, postro agradecida
mi humildad a vuestras plantas.

REY: Levanta.

PRÍNCIPE: Prima querida:
belleza tan recogida,
¿cómo sale a luces tantas?

LEONOR: Acaso, señor, salí
a divertir un cuidado
con esta criada, y vi,
sin saber que estaba aquí,
al conde con su criado.

REY: Y Mosquete, ¿también fue
a la campaña?

MOSQUETE: Acomete
como un rayo, porque sé
que no vale mi amo un cé
si no va con él Mosquete.

REY: Las gracias, conde, os doy
de la victoria pasada.

CONDE: Vuestro leal vasallo soy.

PRÍNCIPE: Muy asegurado estoy
del valor de vuestra espada.
No sin causa el mundo todo
de la guerra os llama rayo,
pues con valeroso modo
sois venganza del rey godo,
del sarraceno desmayo.

CONDE: A vuestro lado, señor,
cualquier soldado es valiente.

PRÍNCIPE: Con solo vuestra valor
ha de extinguirse el furor
de aquel bárbaro insolente.

MOSQUETE: Tomad, Leonor, esta carta
que un caballero os envía;
perdonadme la osadía,

que el oficio me descarta
de cualquiera cortesía.

LEONOR: Sin saber de quién, la tomo.
(Mas el corazón advierte Aparte
cúyo es el papel, de suerte
que adivina; no sé cómo
mis disimulos acierte.)

PRÍNCIPE: ¿Cúyo es el papel?

MOSQUETE: ¿Señor?

PRÍNCIPE: A mi prima, ¿quién le escribe?

MOSQUETE: Otro primo que aquí vive,
que es pariente de Leonor,
y sus despachos recibe.

PRÍNCIPE: ¿Quién con tanto atrevimiento,
sabiendo que yo la adoro,
se arroja a tener intento
de escribirla?

MOSQUETE: ¿Hay tal cuento?
Ayer lo supe de coro
y hoy a vistas no lo sé.
Yo pienso que lo escribí,
y turbado me engañé,
que el papel de Laura fue,
aunque a Leonor le di.

CONDE: ¿Hay desatención igual?
¿Hay simple como Mosquete?
Aparta, bruto, animal.

MOSQUETE: Eso tiene el alcahuete
que sirve tan puntual.

PRÍNCIPE: ¿No es éste vuestro criado?
¿Cómo es tan inadvertido?

REY: ¿Qué es aquesto?

CONDE: (Cielo airado, Aparte
¿en qué os tengo yo ofendido?)

LEONOR: (Mal Mosquete lo ha entendido.) Aparte

PRÍNCIPE: Del semblante conocí,
prima, del papel el dueño.

LEONOR: Señor, nunca presumí...

PRÍNCIPE: No es tiempo de dar aquí
satisfacción del empeño.

REY: Retiraos a esotra parte,
que a solas tengo que hablar
con Fortunio.

MOSQUETE: ¡Lindo azar!
Vamos, Laura, que contarte
quiero lo que has de estimar.

*A una parte el REY y el PRÍNCIPE Fortunio, a otra el
CONDE y LEONOR, y otra MOSQUETE y LAURA*

REY: Fortunio, el retrato es éste;
contempla la hermosa cara
de princesa tan ilustre
y de reina tan cristiana
para que cases con ella,
que es la dicha más extraña.
El príncipe de la iglesia
con santo celo te llama
dichoso esposo de Eurosia,
de cuya virtud la fama
por todo el orbe extendida
sus perfecciones esmalta.

PRÍNCIPE: ¿Que es ésto, cielos divinos?
¡Qué pintura tan bizarra!
¿Puede haber más perfección?
Ninguna pienso la iguala
en cuanto calienta Febo
ni en cuanto Neptuno baña.

CONDE: Y en tanta ausencia, mi bien,
¿puede haber alguna falta?

LEONOR: Soy bronce en esta materia,
soy noble y tan obligada
a cumplir lo que prometo,
que antes quedaré sin alma
que sin tus memorias viva.

REY: Es su pintura extremada.

PRÍNCIPE: ¡Qué humildad tan excelente!

CONDE: Logro de mis esperanzas
serás, mi bien; mas es cierto

me voy con tristeza tanta
que aunque dentro el corazón
te llevo, joyel del alma,
temo--¡ay de mi!--perderte.

LEONOR: ¡Y qué poca confianza
haces de mi noble pecho!

CONDE: Fío mucho en tu constancia,
pero no en Amor, que es niño.

LEONOR: Tus intenciones son claras;
ya estás entendido, conde.
¿Quieres que contigo vaya
hecha enternecida Venus,
disfrazada en fuerte Palas
aunque muera? Desde aquí
no tengo de estar en Jaca,
contigo tengo de ir siempre.
Siempre he de seguir tus plantas,
soldado he de ser valiente
en la más cruel campaña
que el más tirano enemigo
ordenase, y con mi lanza
he de hacer tales estragos
y he de ser tan arrojada,
que pueda perder la vida
para que puedas contarla
entre las que se perdieron.

CONDE: Tente, tente, que me matas.
Perdona, hermosa Leonor,
de tus enojos la causa.

MOSQUETE: Pues hable claro, señora.
Diga usted, señora Laura:
¿ha tenido nunca amor?

LAURA: Nunca estuve de eso falta
después acá que te vi.

MOSQUETE: No estás mucho enamorada
cuando no me das un beso.

LAURA: Vaya en mucho enhoramala,
que es un pícaro.

MOSQUETE: No tal;
¿por pedírtelo me tratas

de esta suerte? Pues ya sé
que tienes alguna falta.

LAURA: ¿Yo falta? Mientes, villano,
que dé todo estoy sobrada.

MOSQUETE: Por lo menos, sí de lengua;
mas de juicio, ¡calabaza!

PRÍNCIPE: Al original me apelo,
pintura hermosa del alma,
que me provoca el pincel
a ser amante idolatra.

REY: Dichoso serás, Fortunio,
si con tu mano se enlaza
la de esta princesa ilustre,
y es muy evidente y clara
tanta dicha, porque el cielo
es quien aboga esta causa.

CONDE: Sé que el príncipe te adora
y su mano soberana
se llevará la que el cielo
crió para mi desgracia.

LEONOR: No llevará, que primero
ha de ser mi pecho aljaba
o túmulo de una flecha
para que me quite el alma;
y si no estuviera aquí
el rey, mi señor, miraras
en mi mismo corazón
la verdad, y si faltara
instrumento para abrirme
el pecho, con esta espada,
¡vive el cielo!

CONDE: No te inquietes,
que el príncipe tus palabras
atiende, aunque divertido
en lo que su padre le habla,
y el rey llegará a entender
de tu semblante la causa
de tu justa alteración,
porque, convertida en nácar,
haces tu mejilla rosa

lo que fue azucena blanca.

MOSQUETE: Pues toma aqueste pellizco,
 porque no me digas, maña,
 que jamás te he dado cosa.

LAURA: ¡Ay, Jesús, que me maltratas!

MOSQUETE: No te trato sino bien.

LAURA: ¡Los diablos lleven tu alma,
 que el corazón me has sacado!

MOSQUETE: Ya estás descorazonada.

LAURA: ¡Pícaro, necio, insensato,
 avestruz! ¡Aparta, aparta,
 que si no fuera tener
 en mi presencia a mi ama,
 te diera treinta reveses!

MOSQUETE: Yo a ti treinta bofetadas.

LAURA: ¿Él a mí?

MOSQUETE: Y ¿por qué no?

A ella y a todas cuantas
 me enfadaren, ¡voto a Dios!
 Y aun aquí si más me enfada,
 le daré a la muy puerca
 más de veinte mil patadas.

LAURA: Quien a patadas defiende
 con una mujer su causa
 no es digno que siendo bestia
 lleve ceñida una espada.

Quítale la espada y dale

¡Toma, pícaro, bufón!

MOSQUETE: ¡Aquí, señor, que me mata!

PRÍNCIPE: ¿Qué es aquesto?

CONDE: ¡Vive Dios!

¿Mosquete?

LEONOR: ¿Qué es esto, Laura?

LAURA: Señora, aqueste criado...

MOSQUETE: Señor, aquesta criada...

LAURA: ...que es más negro que avestruz...

MOSQUETE: ...que es más bestia que una parda...

PRÍNCIPE: Cesen estas competencias.

¿Quién, desatento, profana
el sagrado de mi padre?

MOSQUETE: ...este dimoño de Laura...

LAURA: ...ese pícaro embustero...

LEONOR: Laura, vuélvele esa espada.

CONDE: Toma esa espada, Mosquete.

MOSQUETE: Venga.

LAURA: Tome; mas es harta
desdicha que lleve estoque
quien puede llevar albarda.

MOSQUETE: Alguna vez nos veremos
los dos solos, zarpa a zarpa.

PRÍNCIPE: Siempre, Mosquete, has de ser
quien busca todas las causas
de inquietud, y muchas veces
se vuelven veras tus chanzas.

LEONOR: La necesidad de Mosquete
y desatención de Laura
piden perdón, pues se debe
de posesión esa gracia.

PRÍNCIPE: Por vos, hermosa Leonor,
¿qué mármoles no se ablandan?

REY: Valeroso Conde amigo,
sobrina Leonor amada,
dadme alegres norabuenas.
Mientras que gozaba el alma
se está previniendo alegre
a la dicha más extraña.
Ésta es célebre sin duda,
pues hoy mi Fortunio ensalza
sus estados y persona
a divinidades altas.
La princesa de Bohemia,
en hermosura y en gala
luciente sol que en grandeza
al del Olimpo aventaja,
ha de casarse con él,
que así lo dispone y manda
el pontífice, y presumo
que será esta dicha tanta

que sólo con este medio
 ha de quedar ensalzada
 la fe de Cristo, a pesar
 de la bárbara canalla;
 porque la virtud de Orosia
 merece ser colocada,
 según la fama publica
 y según el mundo aclama,
 más allá de las estrellas,
 siendo en la celeste estancia
 blandón hermoso de luces
 a cuyos rayos, turbadas,
 se avergüencen las febeas
 puestas en su misma patria.

PRÍNCIPE: Y si consigo esta dicha,
 y si esta dicha alcanza
 mi corazón, nadie dude
 que ya la Fortuna avara
 es pródiga en este día,
 pues la más hermosa dama
 que en Bohemia resplandece,
 por inspiraciones altas
 ha de ser esposa mía.
 Y si mira a luces claras
 ese rutilante Febo
 que desde la esfera cuarta
 hace diáfanos los aires
 con sus madejas doradas,
 hecho de la hermosa Cintia
 amante, sino idolatra,
 la hermosura de esta reina,
 la virtud, donaire y gracia,
 aunque celeste criatura,
 no fuera mucho ostentara
 envidia de la grandeza
 cuanta hoy mi amor aguarda.
 Conde, Leonor, sin duda
 de vuestro cariño esmalta
 en mi pecho la atención
 debida a tanta esperanza.

No puedo negar que tuve
algún tiempo a la argentada
flecha de aquel niño dios
una sujeción extraña.
Y pues ya el tiempo permite
perdonen las nobles canas
de mi padre aqueste arrojó,
que yo declare la causa
de mis inquietos suspiros
de mis continuas ansias,
y digo, que a Leonor, mi prima,
con atenciones tan castas
como en el sacro himeneo
se sacrifican, miraba,
por ser la que en sangre noble
a la mía más se iguala;
y no dejé de advertir
con desabridas palabras
desprecios de la grandeza
que con mi mano heredaba
afectos que sólo nacen
de virtud más soberana
que la corona y el cetro;
y tuvo sospecha el alma
que de otro nuevo amor
os llevó, prima, arrastrada
la inclinación amorosa
que a muchos hace idolatras.
El conde, prima Leonor,
es quien ilustra y levanta
el árbol de la nobleza
que conservan las montañas;
nadie con mejores prendas
puede pretender la gracia
de vuestro sagrado afecto,
y advertir que mi esperanza;
que yerta algún tiempo estuvo,
quedará muy bien pagada
siendo el conde quien consiga
la posesión; pues mi alma

aspira ya deseosa
 a la unión más soberana
 con sacrosanto himeneo
 de la más noble bohemiana.

CONDE: Por tanto favor, señor,
 goce vuestra alteza larga
 vida, y a pesar del mundo,
 tanta bárbara canalla
 postre su cerviz altiva
 a vuestras cristianas plantas.

REY: El orgullo de los moros
 temo, que de su arrogancia
 puedo presumir no faltan
 a daros nueva batalla.

PRÍNCIPE: De la divina piedad
 tengo tanta confianza,
 que ha de volver, si lo intenta,
 con la cabeza quebrada.

CONDE: Si hasta aquí he sido conde,
 en adelante mi espada
 ha de conquistar de Marte
 la corona soberana.

REY: Ven, Fortunio; vamos, conde.
 Leonor, sobrina amada,
 quedaos con Dios.

LEONOR: Norabuenas
 me doy a mí misma tantas
 de las dichas que previene
 de aquella infinita estancia
 la divina Omnipotencia
 a vuestras ilustres casas.

MOSQUETE: No va malo esto, por Dios;
 ello va de buena data.
 Yo rabio ya de contento
 si es que el príncipe se casa.

LAURA: Pues ¿qué interesas, Mosquete?

MOSQUETE: Oigan, que se quema Laura;
 que me casaré contigo
 si te enmiendas.

LAURA: ¡Noramala

para el pícaro bufón!

MOSQUETE: ¡Qué lindamente me trata!

LAURA: ¿En qué delitos me ha hallado?

MOSQUETE: A fe que si yo te hallara
la primera al escondite,
que pagaras la ganancia.

LAURA: ¿Qué dominio tiene en mí?

MOSQUETE: Mira, no te enojés, Laura,
que eso lo echaré por coste
y lo tomaré de gracia.

LAURA: No me trate de esa suerte
si conmigo quiere chanzas,
ni me aplique sus mentiras.

MOSQUETE: Ésas no lo saben malas,
porque si digo verdad,
las verdades siempre amargan.

REY: Vamos, que deseo dar
estas nuevas a mi Urraca.

PRÍNCIPE: Adiós, divina Leonor.

LEONOR: Vuestra alteza con Dios vaya.

CONDE: Adiós, dueño de mi vida.

LEONOR: Adiós, conde de mi alma.

CONDE: Yo cumpliré mi promesa.

LEONOR: Yo cumpliré mi palabra.

CONDE: ¿Irás conmigo?

LEONOR: Sí iré.

CONDE: Mas ¿adónde?

LEONOR: A la campaña.

MOSQUETE: Adiós, Laura; ya me entiendes.

LAURA: Adiós digo, y eso basta.

*Vanse los caballeros por una puerta y las damas por
otra*

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

*Salen ATANAEL, capitán; TARIFE y MECOT, moros,
de soldados, con espadas y rodela*

ATANAEL: ¡Que tenga el montañés atrevimiento
 en su favor para que glorioso
 triunfe de mí con excesivo aliento!
 ¡Oh, pesia a mi fortuna, qué gozoso
 ha de estar el cristiano, y qué contento
 de quedar contra tantos victoriosos!
 Pues con razón, al ver huír mi gente,
 yo quedé amedrentado y él valiente.

TARIFE: No hay espantar, señor, que se os huyeran
 tantos soldados, que en las ventajas
 no pudo asegurarse que ellos eran
 en número más hombres, pues las cajas
 que en el aire sonaban pospusieron
 un número mayor, y si no atajas
 por otro nuevo rumbo tanta ayuda,
 temo que con encanto nos sacuda.

ATANAEL: Viste aquel escuadrón que yo traía,
 setenta y seis cornetas valerosos
 y de la más lucida infantería
 que siguieron escuadras belicosas,
 y también de gentil caballería,
 pues fue de las naciones más famosas,
 seis regimientos cuando al fuerte lado
 de Abén Lope me hallé acuartelado
 y en las riberas de Aragón corriente
 acometió el cristiano las trincheras?
 Aquel conde Aznar, el más valiente,
 retiró batallones y banderas

hasta el agua, y de toda nuestra gente
 poblaron degollados sus riberas
 tantos soldados muertos, que los peces
 bebieron sangre, y aun caliente a veces.

MECOT: Que alfanjes en el aire parecían
 sin que fuerza exterior los gobernase,
 y tanto estrago en nuestra gente hacían,
 que presumí ninguno se escapase.

TARIFE: Algún hechizo creo que tenían
 con que nuestro valor amedrentase.

ATANAEL: ¡Oh, villana canalla! La Fortuna
 ha de ser algún día de mi luna,
 y desvaneceré el atrevimiento
 de resistirse con dos mil soldados.

TARIFE: Que tengas poca gente es lo que siento;
 mas agora ya quedan castigados
 quemando los casares con que al viento
 dan las vidas y quedan abrasados
 más de cien montañeses, que en manojos
 de fuego son cenizas y despojos.

MECOT: Páguennos los cristianos la matanza
 que han hecho en nuestra gente.

Dicen dentro

VOCES: ¡Fuego! ¡Fuego!

ATANAEL: Mejor es que la sangre la venganza.

VOCES: ¡Que se quema el casar, remedio luego!

TARIFE: Aún piden favor con arrogancia.

MECOT: Imposible es ya ningún sosiego.

ATANAEL: Ya los villanos andan alterados;
 así me vengaré por mis soldados.

Las armas prevenid, por si escaparen
 algunos montañeses valerosos
 que en las pavesas ígneas se encontraren,
 porque de estos castigos tan penosos,
 aunque aquí tan confusos nos toparen,
 coléricos, sangrientos y furiosos
 contra nosotros dieran, ya advertidos

que somos los que causan sus gemidos.

TARIFE: A tu lado he de estar, que aunque viniese
García Íñiguez con tanta gente
cuantos vasallos su poder tuviese,
yo sólo venceré su ardor valiente.

MECOT: Y aunque aquel mismo conde fuese
que en la campaña anduvo tan ardiente
y acá viniese tan desesperado,
no le temiera por seguir tu lado.

ATANAEL: De vuestro gran valor dais gran testigo
y del marcial estruendo hacéis alardes.

Dice dentro

MOSQUETE: Del cielo os venga, infames, el castigo;
luterianos, apóstatas, cobardes.

Sale MOSQUETE, cubierto de ceniza

MOSQUETE: Aunque me han de matar, las tropas sigo.
¡Jesús, San Lesmes y qué malas tardes
se me previenen! Hoy estos morazos
las costillas me harán a mí pedazos.

TARIFE: ¡Detente, traidor, alevel!
Dime. ¿Quién eres villano?

MOSQUETE: ¡Ay de mí!

TARIFE: Habla, inhumano.

MOSQUETE: Soy el dimoño que os lleve.

ATANAEL: Matadle, pues que profana
ese cristiano insufrible
mi decoro, y es posible
no quede sangre cristiana.

MECOT: ¡Muere, traidor!

MOSQUETE: ¿Yo, por qué?
¿qué culpa le tengo yo,
si mi amo los mató?
Yo no lo vi ni lo sé.

ATANAEL: Déjale, por ver si acaso
es oculta centinela;
pregúntale con cautela.

MOSQUETE: (Éste será el primer paso, Aparte
sin duda, de mi pasión.)

TARIFE: ¿Quién eres, dime, soldado?

MOSQUETE: Un hombre que paso a vado
por el río de Cedrón.

MECOT: Di quién eres, majadero,
si no, te mato al instante.

MOSQUETE: Téngase, no se adelante,
que entrar al huerto es primero.

TARIFE: Éste se burla de mí,
pues muera.

MOSQUETE: No me haga mal.
(¿Puede haber desdicha igual Aparte
que quiera empezar así?)

ATANAEL: La vida puedes ganar
si la verdad confesares.

MOSQUETE: Que se queman los casares
te confieso sin tardar.

ATANAEL: ¿Han muerto algunos soldados
en las ardientes pavesas?

MOSQUETE: Más de veinte montañesas,
y montañeses honrados
más de ciento; porque, heridos
de la campaña pasada,
les diste cura abreviada
con cauterios encendidos.

ATANAEL: Pues ¿cómo escapar pudiste
de aquel voraz elemento?

MOSQUETE: Tengo grande entendimiento
para prevenir un chiste.

Dentro

UNOS: ¡No se escapen por abajo,
ocupad esas florestas!

ATANAEL: ¿Qué voces serán aquéstras?

UNOS: ¡Cuidado con el atajo!

ATANAEL: Estos, sin duda soldados
son del cristiano que vienen
a ver si vengarse pueden
por ellos y los quemados.

TARIFE: Valor nos infunde Marte
para resistirnos fuertes.

MECOT: Hoy he de hacer dos mil muertes,
si Alá está de mi parte.

ATANAEL: A prevenir nuestra gente
vamos al punto, que creo
será menester, pues veo,
si mi corazón no miente,
un valeroso escuadrón.

TARIFE: Tan buena ocasión no pierdo.

MOSQUETE: (Lanzada de moro izquierdo Aparte
te atraviere el corazón.

MECOT: ¿Y este pícaro insensato
dejamos con vida aquí?

ATANAEL: Déjalo, que importa así.

MECOT: Pues démosle de barato.

Danle

MOSQUETE: ¡Ay mi cabeza rompida!
¡Que me matan, mi señor!

ATANAEL: ¿Quién te puede dar favor?

*Salen el PRÍNCIPE y el CONDE, con espadas
desnudas*

CONDE: Yo, y te quitaré la vida.

PRÍNCIPE: ¡Oh traidora, vil canalla!
¿Con fuego queréis vengaros?
Ea, conde, que ya es tiempo,
vengamos estos agravios.

*Acométense a cuchilladas cristianos y
moros*

CONDE: Hoy seréis, cobardes moros,
de mi fuerte espada el blanco.

PRÍNCIPE: ¡Bravamente se resisten!

MOSQUETE: Pues ríndanse los borrachos
o si no, los mato al punto.

ATANAEL: Valientes son los cristianos.

TARIFE: Ya me canso en resistirme.

MECOT: De resistirme me canso.

MOSQUETE: Con aquesta zambullida
si no se me huyen los mato.

ATANAEL: No falte el valor, amigos.

MOSQUETE: ¡Vive Dios que llevan jacos!

TARIFE y

MECOT: No podemos resistirnos.

ATANAEL: Pues huyamos.

LOS DOS: Pues huyamos.

Vanse los moros

MOSQUETE: Esto sí que va de veras.
¡Por Dios! Huyen como galgos.
¡Qué sangrienta está mi espada!
Yo les haré con los diablos
que se acuerden de Mosquete
más de cuatrocientos años.

PRÍNCIPE: ¿Qué es aquesto, conde amigo?
¿Ya nos han dejado el campo?

CONDE: ¿A quién faltará valor
animándose al sagrado
del lado de vuesa alteza
para coronar con lauros
las repetidas victorias
de nuestros antepasados?

PRÍNCIPE: Con vuestra ayuda, a mi ver,

ni el más cobarde soldado
 tiene que temer ruína
 si le ampara vuestro lado.
 De vuestro valor confío
 que antes de tiempo muy largo
 sujetaréis la cerviz
 de este bárbaro tirano;
 id a recoger la gente
 que está esparcida en el campo,
 y dad órdenes que importen
 como sabéis. Yo me parto
 a dar la nueva a mi padre
 del suceso ya pasado
 y dar el treudo debido
 a la quietud y al descanso.

CONDE: A vuestra alteza dé el cielo
 de vida tan largos años
 como deseo, y al punto
 cumpliré, con el cuidado
 debido, en todo aquello
 que me dejáis ordenado.

PRÍNCIPE: Así lo fío y lo creo.
 Adiós.

Vase el PRÍNCIPE

CONDE: Adiós, luego parto.
 Vamos, Mosquete. ¡Ay de mí!
 Que Leonor, si no me engaño,
 intrépida y arrojada
 salió varonll al campo
 por sólo satisfacerme
 los recelosos airavios
 que le ocasione, celoso
 del grande amor obligado
 que le tengo, sin que otra
 ocasión me hubiese dado,
 que es su perfección divina,
 y por abreviar el paso,

con el príncipe salí
 a la defensa, avisados
 de los que en cenizas yacen
 cadáveres sepultados
 del fuego que el enemigo
 aplicó--¡rigor extraño!--
 a los casares y albergues
 de los heridos soldados;
 y pues no pude esperarla
 ni ella seguir mis pasos,
 vamos, que entre mis suspiros
 la podrá topar mi llanto.

MOSQUETE: Y también Laura con ella
 debió salir; vamos, vamos.
 Mas oye, señor, advierte
 que si a cazarlas andamos
 por ser conejas, será
 menester algún azado.

CONDE: ¿Por qué lo dices, Mosquete?

MOSQUETE: Porque esta noche he soñado
 que un morisco cazador
 les echó el hurón alzado,
 y si esto es verdad, sin duda
 que las dos han renegado.

CONDE: Deja chanzas, que yo estoy
 de sus desdichas temblando.

*Salen LEONOR y LAURA de camino con
 espadas*

LEONOR: ¡Válgame el cielo y qué fin
 a mis desdichas has dado!
 ¿Quién me trajo tanto mal?
 Conde, causa de mis daños,
 dime si ya estás contento.

CONDE: ¿Qué estoy oyendo y mirando?
 ¿Es ésta alguna ilusión?
 ¿Estoy durmiendo o velando?
 ¿Es Leonor la que se queja?

LEONOR: La misma.

CONDE: El alma me ha dado
sospechas que estás herida.
¿Eres Leonor?

LEONOR: Soy, ingrato,
una mujer desdichada,
a quien, por quererte tanto,
hoy han quitado la vida.

CONDE: ¿Qué dices? Estoy turbado.
¿Cómo quedo yo con vida?
Tenla, Mosquete, en los brazos
mientras voy tras el traidor.

LEONOR: ¡A buena ocasión!

CONDE: Pues ¿cuándo
con más razón? ¿Qué locura
con pecho desesperado
te llevó a morir, mi bien?
¿Cuál fue el bárbaro tirano
que quitó a la tierra el sol,
escureciendo los rayos
con que esos divinos ojos
le estuvieron alumbrando;
¡Oh quién te hubiera creído!
que el dejarte fue pensando
que no habías de atreverte
a salir conmigo al campo,
que si imaginara yo
que amor te obligara tanto,
antes perdiera mil vidas
que dejarte de mi lado,
antes sufriera mis celos,
con ser el mayor cuidado
que el cielo ha dado a los hombres
y mayor cuanto más sabios.
Aquí se acabó mi vida
y aquí también se acabaron
mis esperanzas, que al fin
cayeron hechas pedazos.
He de perder el sentido
si no vengo tus agravios.

LEONOR: Espera, espera, mi bien,
no me dejes en el lazo
de mis mortales congojas;
mi vida se va acabando.

CONDE: Antes el vital aliento
me falte que, desdichado,
vea empañar esos soles,
llore mi desdicha en tanto.

MOSQUETE: Y tú, Laura, ¿estás herida?
¿Hate alguno maltratado
de los moros?

LAURA: También tengo
mi poquito de trabajo.

MOSQUETE: ¡Ay, desdichado de mí!
Pues ¿qué venías buscando?
¿Por dónde tienes la herida?
Dime, Laura.

LAURA: Por abajo.

MOSQUETE: Si tiene la herida cura
yo voy por un cirujano.

LAURA: No vayas, no.

MOSQUETE: Pues no voy,
que si te mueres acaso
estoy de pesares lleno;
mas ya se me va pasando.

LEONOR: ¿Conde?

CONDE: ¿Leonor, mi bien?

LEONOR: ¡Ay de mí!

CONDE: Yo voy volando
a buscar algún remedio,
que mi amor presume hallarlo,
para dar vida a los dos.

LEONOR: Detente, reporta el paso,
ya no es menester remedio,
que cuanto dije es engaño
para conocer tu amor.

CONDE: ¿Engaño?

LEONOR: ¿Qué estás dudando?
No estoy herida ni soy
tan necia; que me he guardado

de los peligros muy bien.

MOSQUETE: ¿Hay embuste más extraño?

CONDE: Temblando estoy, ¡vive Dios!

MOSQUETE: Pienso que han resucitado,

porque todas las mujeres

tienen astucia de gatos.

Pues yo me acuerdo haber visto

ahora cuatro o diez años,

con una herida de a gema

a una mujer de los diablos,

y no hacía caso de ella

aunque se iba desangrando.

LEONOR: Pues ¿pensabas tú que había

de ponerme a los fiechazos

de un turco por tus celos

ni por mi amor? ¡Malos años!

Pero di, si me querías,

como ahora te has mostrado,

y si sabes que mi pecho

es incontrastable mármol,

¿cómo permitiste, necio,

que contigo fuera al campo?

CONDE: ¡Ay, Leonor, hermoso dueño!

Mi corazón abrasado

se sabe fraguar sospechas

de celosos agasajos.

Nunca hay celos sin amor.

LEONOR: Y si los hay, son villanos.

CONDE: Mis celos nacen de amor

que es divino y soberano,

como lo publica el alma

con este amoroso abrazo.

LEONOR: Quita allá, que las mujeres

sufren desprecios amando,

y siendo amadas se vengan

de los pasados agravios.

No me quisiste en salud,

pues me dejaste en el campo

para blanco de los turcos,

y cuando me estoy quejando

de que me muero, me dices
requiebros enamorados.

¿Qué tenemos las mujeres
que muertas os agradamos?

¿Cuál hombre no llora entonces?

MOSQUETE: Esto corre muy de llano,
que es más linda la mujer
que no vive más de un año.

CONDE: ¿Qué es esto, bella Leonor?
El aliento me has quitado
segunda vez con desprecios.

LEONOR: Merecido es este pago
a quien me llora difunta
cuando viva me ha dejado
en peligros de perderme.

MOSQUETE: Dice bien, y es caso extraño,
después de muchas pendencias,
ver un viudo muy barbado
llorar por una mujer,
y con los ojos muy bajos
decir, "¡Ay de mí, mezquino,
qué presto se me ha acabado
el consuelo de esta vida!
Hijos míos, ¡qué temprano
se os ha puesto el sol! ¡Ay Dios!"
Y sabido bien el caso,
era una mujer a quien
por horas mataba a palos.

LAURA: Así hicieras tú, bribón,
si a mí me hubiera enterrado
la chusma morisca--¡ay!--creo
que aun no hicieras tanto
como llorar por saber
que quedaba agonizando.

MOSQUETE: No llorara, Laura mía;
pero te dijera un salmo
con *requies* y con *profundis*,
que te llevara volando
adonde los taberneros
van a pagar sus milagros.

LAURA: Por vida mía que tienes
 habilidades del diablo;
 no fiara en ti, Mosquete,
 ni en tus promesas un clavo.
 ¡Por vida de mis cabellos!

MOSQUETE: No tienes por qué jurarlo,
 que no son esos cabellos
 [-a-o]
 tuyos, Laura.

LAURA: Sí, son míos.

MOSQUETE: No son tuyos, es engaño;
 porque yo sé por muy cierto
 que esos cabellos rizados
 son de la mujer del baile
 que murió hace cien años.

LAURA: ¡Mal haya quien no te quita
 las narices a bocados!

CONDE: Vamos, Leonor hermosa,
 nueva Palas, que al asalto
 primero que diste al pecho
 más varonil y esforzado
 le venciste. Vamos luego,
 que si en pláticas estamos,
 el campo queda sin orden
 y sin guía los soldados.
 No hay de qué tengas temor.

LEONOR: No le tengo ya a tu lado;
 gocemos de los despojos
 que dejaron en el campo;
 tú de los que en él venciste
 y yo de los que has dejado
 cuando te das por vencido.

CONDE: Ser vencido de tus manos
 tengo por mayor victoria
 que las que tuvo Alejandro.

MOSQUETE: Vamos todos, que en pillar
 no me ha de ganar el diablo.

*Vanse. Salen EUROSIA, ARCISCLO, CORNELIO y BODOQUE,
 de camino*

CORNELIO: Aquí, hermana, en esta alfombra
de hierba y flores te asienta.

EUROSIA: No pienso quedar contenta
hasta que la fresca sombra
de los montes aquitanos
me dé el contento y ventura,
gozando de su frescura
con los humildes cristianos.

ARCISCLO: El coche parad, Lorente,
en esas verdes florestas.

EUROSIA: ¿Quéavecillas son aquestas
que cantan tan dulcemente?

CORNELIO: Aquél es el ruiseñor,
que, con música süave,
a su consorte le sabe
referir su tierno amor.

Aquella vid abrazada
en el álamo frondoso
pinta un bosquejo glorioso
de insensible enamorada.

Aquella copiosa fuente,
obligada de su amor,
se despeña con rigor
por ser su Narciso ausente.

ARCISCLO: Todo lo crió el Señor
en el eterno paraíso
con tal perfección, que quiso
enseñarnos con primor.

Contempla aquellaavecilla
que, en gorjeos concertados,
siendo vida de los prados,
compone dulce capilla.

Aquel arroyuelo amante
que se despeña furioso,
de tu vista muy glorioso,
te baila el agua delante.

Por darte entretenimiento
hacen todos maravillas,

fuentes, flores, avecillas,
sin tener eMendimiento.

EUROSIA: ¡Ay de mí! ¿Cómo resiste
mi corazón tanto halago?

ARCISCLO: En jamás me satisfago
si estás cansada o estás triste.

CORNELIO: En esta margen frondosa
de este bruñido arroyuelo,
que corre para ser hielo,
galán fino de la rosa,
te sienta.

EUROSIA: Nada divierte
mis penas; todo me cansa.
El agua que corre mansa
va murmurando mi muerte.
Aquel pájaro jilguero,
que gorjerillos levanta,
es algún cisne que canta
por mí, porque cisne muero.
¡Ay de mí!

ARCISCLO: ¿Por qué suspira
vuesa alteza?

EUROSIA: No lo sé.
Triste voy porque dejé
a mi hermana Draomira.

CORNELIO: Pues Draomira, ¿no es, hermana,
aquella gentil aleve
la que a matarte se atreve?

EUROSIA: Sí; mas es por ser cristiana.

CORNELIO: Luego, ¿deseas morir?

EUROSIA: Por la fe de Cristo, hermano,
perder la vida un cristiano,
¿no es morir para vivir?

CORNELIO: Claro está.

BODOQUE: Ella desea
ser ahorcada; pues a fe
que no la siga si sé
que por las horcas pasea.

EUROSIA: Dejadme, que no reposo.

ARCISCLO: Pues, senora, ¿en este día

tienes tal melancolía
cuando te espera tu esposo?

EUROSIA: Aun por eso es mi dolor,
que temo que no me adora.

ARCISCLO: ¿De qué lo sacas, señora?

EUROSIA: Solamente del temor
que le tengo; mas un rato
me quisiera ahí apartar,
que quiero comunicar
con su pintura o retrato.

CORNELIO: ¡Oh, gracias a Dios del cielo
que muestras algún cariño!

BODOQUE: Ya parece que el dios niño
la ha puesto en algún desvelo.

EUROSIA: Descansad un poco en tanto
que yo cumplo mi deseo.

CORNELIO: Aún dudo lo que veo;
¡guíenos el cielo santo!

*Apártase EUROSIA y saca un retrato de un
crucifijo y otro de la virgen*

ARCISCLO: De esta mujer me temí,
según tan triste venía,
que jamás se lograría
nuestro intento, y presumí
de su virtud que, con celo
de ser mártir, deseaba
quedar en Bohemia y daba
una rica joya al cielo.

CORNELIO: Agora ya no hay dudar
que determina casarse.

BODOQUE: Eso no puede dudarse
de cuantas saben hablar.

CORNELIO: Ya todo el mundo atesora
norabuena para mí.
Sentémonos por aquí
para ver cómo enamora.

Siéntanse y EUROSIA se pone de rodillas

EUROSIA: Dulce Señor, enamorado mío,
 ¿adónde vais con esa cruz pesada?
 Volved el rostro a una alma lastimada
 de que os pusiese tal su desvarío.
 De sangre y llanto entre los dos un río
 formemos hoy; y si a la vuestra agrada,
 partamos el dolor, y la jornada,
 que de morir por Vos, en Vos confío.
 ¡Ay, divino Señor del alma mía!
 No permitáis que otro nuevo esposo
 me reconozca suya en este día.
 Bajad de vuestros cielos amoroso,
 y si merece quien con vos porfía,
 dadme estos brazos, soberano Esposo.

CORNELIO: De rodillas está puesta:
 gran fuerza tiene su amor.

ARCISCLO: Idólatra es en rigor
 en acciones como aquésta.

CORNELIO: De su cristiandad no puedo
 presumir error tan grave.

ARCISCLO: Ni yo imagino que cabe
 en su virtud tal denuedo.

BODOQUE: Mi señora, aunque parece
 que tiernamente suspira
 por su esposo, si se mira
 siempre se queda en sus trece.

CORNELIO: Llama, Bodoque, a mi hermana
 que parece tarde.

ARCISCLO: Espera;
 quien habla de esa manera
 será en cosa soberana.

EUROSIA: Virgen, paloma cándida que al suelo
 trajo la verde paz, arco divino,
 pues en los tres colores a dar vino

fe del concierto entre la tierra y cielo,
 dadme remedio, pues sabéis mi celo.
 No case con Fortunio, que imagino
 que más dichosa soy, si más me inclino
 a conservarme pura en blanco velo.
 No me dejéis, cristífera María,
 favoreced mi intento puro y santo
 hasta que llegue de mi muerte el día.
 Mi pureza guardad, pues podéis tanto,
 si mereciere la esperanza mía
 que del sol que pisáis pase mi llanto.

*Queda como arrobada con los retratos en las
 manos*

CORNELIO: Con la virgen advertí
 que hablaba mi hermana ahora;
 aquel retrato que adora
 no será el que presumí.

ARCISCLO: Aun por eso, con recato
 hace aquestas maravillas,
 y cuando está de rodillas
 de Cristo será el retrato.

BODOQUE: De estarse sola hace alarde
 aunque nunca haya almorzado,
 y para andar a poblado
 se va haciendo un poco tarde.

CORNELIO: Llámala, Bodoque amigo.

BODOQUE: Voy volando. Mi señora,
 mire que se acerca la hora
 de marchar. ¿Está conmigo?
 ¿No responde? ¡Voto a tal!
 Algún accidente fuerte,

 que no hablando, grande mal.

Levántanse

CORNELIO: ¿Qué dices? ¡Hermana mía!

¿Tú desmayada? ¿Qué pena
te ha quitado, estando buena,
su valor en este día?

ARCISCLO: Sin duda está arrebatada
en éxtasis con su Dios,
que en las manos tiene dos
retratos con quien hablaba.

CORNELIO: ¡Qué santidad singular!
Mas no sé qué tengo en mí
que hasta que haya vuelto en sí
no puedo estar sin pesar.
¿Cuándo del sol brillarán
luz y rayos refulgentes?

BODOQUE: Estos que vemos presentes
en su vida volverán.

CORNELIO: ¿Por qué?

BODOQUE: Porque es cosa cierta,
sin que nadie lo repare,
que la mujer que no hablare
la podéis tener por muerta.

CORNELIO: Ya vuelve.

BODOQUE: Es frenesí,
y en esto estás poco atento;
mas quiero decirte un cuento
de esto de volver en sí.
Con su sacristán el cura
se salió al monte a cazar,
que el no estar en su lugar
en algunos curas dura.

CORNELIO: Calla, Bodoque, que irritas
con tu necesidad al mundo.
¡Qué caso tan sin segundo,
Parca ingrata, solicitas!

ARCISCLO: La desdicha me desmaya
de tan extraño suceso.

BODOQUE: (Y yo prosigo con eso. Aparte
Vaya pues de cuento, vaya;
que empezarle para mí
es gran pena no acabarle;
a mí mismo he de contarle,

soliloquiándome así.

Acompañólos un cojo
a caballo en su jumento,
y éste será en mi cuento
el que para blanco escojo.

Llegaron con atención
al monte, pero en su entrada
al cojo, el alma turbada,
le dió mal de corazón;

quedóse el cura turbado,
y el sacristán quiso irse;
mas el cura, sin partirse,
se quedó todo cortado.

Dijo el cura a questo viendo,
"En sí luego volverá."

Dijo el sacristán, "No hará,
que suena lejos su estruendo."

Con esta grande locura,
sobre este caso apostó
con que el sacristán llegó
a apostárselas al cura.

Dejaron al desdichado
en el monte con su mal,
que después de rato tal
fue de su achaque dejado;

subió en su jumento allí,
y al verlo los apostantes,
el sacristán dijo antes,
"Mirelo, no volvió en sí."

"Es engaño, pues se ve
tu contrario claramente,"
dijo el cura. "Usted miente,
¿no ve que no viene a pie?,"

dijo el el sacristán;
y así gano yo con fundamento;
que quien vuelve en su jumento,
¿cómo ha de volver en sí?)

CORNELIO: Ya parece que el desmayo
muy pocó a poco la deja.

EUROSIA: ¡Dulce Jesús, dueño mío!

¿Cómo tan presto te alejas
de mi presencia? ¡Ay de mí!

CORNELIO: ¡Eurosia hermana, dulce prenda!

EUROSIA: ¿Qué quieres, Cornelio hermano?

CORNELIO: Presumí que tu belleza

cubierta de un parasismo
aquí se desvaneciera.

Esos retratos, Eurosia,
que dentro tu pecho encierras
son causa, si bien adviertes,
de tus amorosas penas.

EUROSIA: Causar penas nunca pueden,

antes bien, siempre me alegran,
porque el uno es de mi Esposo,
del corazón dulce prenda,
y el otro de una Señora
que, con sobradas finezas,
me estima sin merecerlo.

ARCISCLO: Ya vimos, sobrina bella,

que son de Cristo y su Madre
los dos retratos que llevas;
a Cristo llamas tu esposo,
con que entendidas las nemas
de tu cariñoso afecto,
saco aquí por consecuencia
que de casarte no gustas,
y si vienes es por fuerza
de mi larga persuasión
y de la noble obediencia
de tus padres; mas si miras,
ilustre y noble princesa,
que la ley de Cristo ensalzas
coronando tu cabeza
con el sagrado laurel
de Aragón, con que se espera
que has de ser Atlante firme
de la militante iglesia,
asombro de los herejes
y de aquella ley perversa

de Mahoma gran contrario.

EUROSIA: ¿No podré sin ser yo reina
triunfar de sus acciones?

ARCISCLO: No será fácil que puedas
ensalzar tu nombre tanto
que te conozca la tierra
defensora de la fe
si la voluntad no apruebas
de casar con don Fortunio.

EUROSIA: La virginidad es prenda
que Dios tiene en mucha estima.

ARCISCLO: Es verdad; mas cosa es cierta
que también estima Dios
las que honestamente intentan
llegar al sacro himeneo,
y es proposición tan cierta,
que confirman su verdad
las mismas sagradas letras.
Quiso Dios en el Paraíso
con milagrosa manera
conservar a Elías virgen,
cuya castidad excelsa
merece ser colocada
sobre todas las estrellas.
Mas también favoreció
con igual correspondencia
al profeta Enoc, casado,
y de la misma manera
si al Tabor subió a Elías
a enseñarle sus grandezas,
bien creo que por ser virgen
mereció que allá subiera.
Pero Moisés también,
que fue casado en la tierra,
subió con Cristo al Tabor;
para que, sobrina, entiendas
que también estima Dios
con su voluntad inmensa
al que, casado, le sirve,
como al que, virgen, le ruega.

El sagrado matrimonio,
 con singular agudeza,
 le llamó el apóstol grande
 sacramento de la iglesia.
 Muchas matronas ilustres
 dan de estas verdades pruebas,
 y la misma Virgen fue,
 aunque virgen tan perfecta,
 casada con San José.

EUROSIA: Aseguró su pureza
 con voto de castidad.

ARCISCLO: No se niega a vuesa alteza
 que pueda ofrecer a Dios
 su virginidad; y advierta
 que si la tiene ofrecida
 a su Majestad inmensa,
 puede cumplir virtuosa,
 aunque case, su promesa.

CORNELIO: Hermana mía, ya es tarde
 y la lámpara febea
 quiere extinguir su luz pura
 en las olas, donde alberga
 sus rayos en cada noche,
 sepulcro de su madeja.
 Vamos alargando, el paso,
 que muy poco tiempo queda
 para llegar a poblado.

EUROSIA: Vamos, pues.

BODOQUE: Vamos apriesa,
 porque si mucho tardamos,
 nos quedaremos sin cena.

EUROSIA: ¡Cielo divino, ayudadme!

ARCISCLO: De Dios nos guíe la diestra.

CORNELIO: Él te dé, si acaso importa,
 lo que más mi amor desea.

Vanse. Salen el PRÍNCIPE y el CONDE

PRÍNCIPE: Por eso del alma sale,

Conde, a la lengua el amor.

CONDE: No hay pena, invicto señor,
que con la de amor se iguale.

PRÍNCIPE: El retrato tengo aquí
de la que ha de ser mi esposa;
atended si es cosa hermosa
por quien el alma rendí.

CONDE: ¡Hermosa dama!

PRÍNCIPE: Yo pienso
que estudió naturaleza
la estampa de su belleza,
no por instrumento inmenso
de aquel poder soberano,
mas hablando a nuestro modo,
porque parece que en todo
puso cuidado su mano.

CONDE: Vuestra alteza se rindió
justamente a la más bella,
ilustre y noble doncella
que en el mundo se crió.

PRÍNCIPE: Mis potencias y sentidos,
justos fueron sus despojos,
que antes de verla mis ojos
la aprobaron mis oídos.

Con su virtud asegura
mi elección en puridad,
pues quiere su santidad
competir con su hermosura,
y son las dos tan iguales,
que en la perfección que vieron,
su nombre a Eurosia pusieron
los pinceles celestiales.

Ya creo que no están lejos,
que ayer vino embajador
de este sol que en su esplendor
me dan vida sus reflejos,
y dice que llegará
con brevedad a esta tierra;
mas--¡ay, Conde!--que la guerra
me presumo estorbará

el salirla a recibir
a la entrada de Aragón.

CONDE: A mi cargo la ocasión
para que podamos ir.

A Leonor dejé perdida,
qué, intrépida y arrojada,
por el campo hizo entrada
sin prevenir la salida;

y aunque el bárbaro enemigo
hizo fuga en la ocasión,
pudo disponer traición
por llevársela consigo;

y si tan nobles despojos
se me llevan, claro está
que mi corazón saldrá
derretido por los ojos;

mas la cruz de aquesta espada
saldrá siempre vencedora,
y el joyel que mi alma adora
he de cobrar, aunque armada
esté la morisma junta
a pesar de su traición,
o mi ardiente corazón
ha de abrir aquesta punta.

PRÍNCIPE: No es cierto, no, a mi ver
que salga al campo Leonor,
que aunque tiene gran valor
en efecto es de mujer.

CONDE: Fía en las veloces alas
de un bruto que con razón
él es hijo de Aquilón
y ella de la diosa Palas.

PRÍNCIPE: Sin duda se habrá escapado
si su valor conjeturas.

CONDE: De mayores apreturas
otras veces se ha librado.

Lo que más mi pena aumenta
es que Mosquete quedó
en su guarda, y se alejó
con presunción avarienta

de recoger los despojos
 por el campo divertido,
 y dejó puesto en olvido
 lo que llorarán mis ojos.

Dice que de lejos vio
 dos moros, y del temor,
 olvidado de Leonor,
 cobarde se retiró.

PRÍNCIPE: No es en vano tu temor;
 pero fío sin recelo
 que la habrá librado el cielo
 de aquel bárbaro furor.

Pero ¿dónde anda agora
 Mosquete, vuestro criado?

CONDE: En busca, señor, le he enviado
 de la que mi alma adora,
 advirtiendo que, si acaso
 Leonor está perdida,
 he de quitarle la vida.
 Mas ¡ay de mí, fiero caso
 fuera verla entre tiranos!
 No había de haber rigor
 que estorbase mi furor
 hasta volverla a mis manos.

PRÍNCIPE: Sin duda por verse ausente
 de vos, con sagacidad
 se retiró a la ciudad,
 que es entendida y prudente;
 mas, si acaso por desdicha
 otra cosa pudo ser,
 yo os ofrezco mi poder
 hasta conseguir la dicha
 de volverla a vuestros brazos,
 y os prometo mi afición
 daros casta posesión
 con insolubles lazos.

CONDE: A prevenir nuestra gente
 importa, señor, que vamos,
 porque temo si tardamos,
 algún penoso incidente.

A recibir lo primero
iremos a vuestra esposa,
que, a pesar de la mañosa
traición del cancerbero,
no ha de parar mi valor
hasta poner con despecho
..... [-echo]
y en mis brazos a Leonor.

PRÍNCIPE: En vuestro valor confío,
conde amigo, y es razón,
que con vuestro corazón
siempre va seguro el mío.

Vamos, y sin más tardar,
de la gente más lucida
que tenéis más conocida
podéis un tercio alistar.

CONDE: Si llevamos, a mi ver,
con sus lucidos arneses
un tercio de montañeses,
nada queda que temer.

Vanse

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

JORNADA TERCERA

Sale MOSQUETE

MOSQUETE: No hay hombre más desdichado

que Mosquete en este día,
pues, por gran desdicha mía,
mi señor, muy enojado,
me pone en mosquetería.

Porque a Leonor perdí
me castiga de este modo,
no considerando en sí
que también me toca a mí
por perder a Laura y todo.

¡Oh, quién las pudiera hallar
por aquí en algún rincón!
Mas no las podré topar
porque no sabré rezar
el responso a San Antón.

A Francia me iré a vivir,
y sabrá Aragón y Bearne,
que me quise despedir
por no quererle servir
siempre de su guardacarne.

El buscar, cielos divinos,
me va doblando mis males,
pues me llevan mis destinos
de noche por los caminos,
de día por los jarales.

Mucha hambre y poca ropa
me traen por este cerro,
mas si el bárbaro me topa,
yo temo que en vez de sopa

no me falte pan de perro.

Desde aquí quero llamar,
aunque me acosa el temor.

En voz alta

¡Laura, señora Leonor!
Por medio de aquel pinar
se siente ruido y rumor.

Dentro

MOROS: No dejéis en la montaña
persona que a Cristo siga.

MOSQUETE: Aquésta es gente enemiga.
¿Hay desdicha más extraña?
¿Adónde podré esconderme
de este riguroso trance,
que el fiero moro no alcance
en todo este monte a verme?

Salen ATANAEL, TARIFE y MECOT

ATANAEL: ¡Que sea tan arrogante
este cristiano atrevido!
Por Alá que estoy corrido.

TARIFE: ¡Por vida de mi turbante
que es muy valiente cristiano!

ATANAEL: ¡Que se huyera así la gente
por un cristiano insolente!

TARIFE: Todo fuera muy en vano,
porque su valor se encumbra
tanto, que con fuerza y maña
ha de sujetar a España
y aun a cuanto el sol alumbra.

ATANAEL: Detén, Tarife, la lengua;
ese hombre no me alabes,

que en mi competencia sabes
 que alabar a nadie es mengua;
 y aunque huí con sutileza
 de su espada el gran furor,
 no fue falta de valor,
 si fue sobra de destreza.

De Huesca soy ya señor
 y del rey ya capitán,
 y cuanto blasón me dan
 es poco con mi valor.

Cuanto el Tajo y Duero baña
 con estruendo belicoso
 amedrenté valeroso
 en mis principios a España.

Abén Lop, mi rey, espera
 acabar de conquistar
 esta montaña, a pesar
 de la cristiana bandera;
 pues dóblense nuestras lunas
 en las arrogantes astas.

MECOT: Con esto, señor, contrastas
 tú solo a tantas fortunas.

Por esta parte que sigo
 se suena rumor de gente.

MOSQUETE: Estoy muerto de repente
 si encuentran éstos conmigo.

MECOT: ¿Quién va allá? ¿No me responde?

MOSQUETE: Si no va nadie, ¿quién quiere
 que le responda?

MECOT: El que fuere,
 quien de cobarde se esconde.

MOSQUETE: Yo no soy nadie aunque hablo.

MECOT: Di presto quién eres.

MOSQUETE: ¡Ay!
 El alma de Garibay,
 que ni es de Dios ni del diablo!

TARIFE: Aquéste, si no me engaño,
 es el mismo que escapó
 del incendio y se burló
 de nosotros por su daño.

MECOT: Pues Alá nos le ha traído
para que tome venganza
del agravio; sin tardanza
morirás.

MOSQUETE: Ya estoy perdido.

ATANAEL: No le quites aún la vida
hasta saber dónde va,
que algún secreto tendrá
tan impensada venida.
 ¿Quién eres y adónde vas?

MOSQUETE: No sabré decir quién soy,
ni menos adónde voy,
si no me prometes más.

ATANAEL: Ya tienes sobrada suerte,
que si dices la verdad
te daré yo libertad,
y si no, te daré muerte.

MOSQUETE: Pues, señor, con esa instancia
si no me matan, diré,
entre muchas cosas...

ATANAEL: ¿Qué?

MOSQUETE: Un secreto de importancia.

ATANAEL: Pues di, que yo te aseguro
de premiarte si es así.

MOSQUETE: La verdad diré.

ATANAEL: Pues di.

MECOT: Si lo juras.

MOSQUETE: Lo rejuro.
 Don Fortunio, mi señor,
se quiere casar mañana
con una reina bohemiana,
y mi amo con Leonor.

ATANAEL: ¿Qué dices? ¿Esto es posible?
 ¿Mañana luego ha de ser?

MOSQUETE: Yo no me pongo en saber
el cuándo, porque es terrible
mi amo el conde, y yo sé
que nunca me dice un cuándo
porque sabe que cantando
todo lo que sé diré.

Pues es cierto que mañana,
veinte días más o menos,
tendremos seis días buenos
en una u otra semana.

ATANAEL: Rabia ya mi corazón.

¡Pesie la Fortuna adversa
que tendremos más contrarios!

TARIFE: ¿Cuándo vino esa princesa?

MOSQUETE: Señor, no vino, y si vino,
será cosa muy de verla,
porque dicen que es aguada
y jamás entró en taberna;
cósá cierto singular
poco usada en esta tierra,
que la taberna es de aguados,
pues que todos los que ahí entran
se aguan mucho, y hasta el vino
de puro aguado revienta.

TARIFE: Dinos claro si ha venido,
si no quieres que con esta
daga te dé dos mil muertes.

MOSQUETE: ¡Qué barata fue la feria!

¿Dónde las compró, señor?
Guárdelas usted y crea
que las habrá menester
cuando tenga alguna suegra;
no me dé ninguna a mí,
que bien diré lo que sepa,
porque nunca sé callar
cosa que secreto tenga.
Ya dispone mi señor
la jornada con su alteza
y saldrán a recibirle,
porque saben que está cerca.

ATANAEL: Hoy he de vengarme, amigos,
de las injurias y ofensas
que del cristiano atrevido
en las campañas postreras
recibimos; y en verdad

que estoy tan corrido de ellas,
 viendo que tan poca gente
 atrevidamente pueda
 causar fuga a mis soldados,
 que se enmudece la lengua
 al pronunciar que acobardan
 nuestras azules banderas
 sus cruzados estandartes.
 Salga, pues, a la defensa
 de tantas glorias perdidas
 el valor que el pecho encierra.
 Hoy hemos de cautivar
 la princesa de Bohemia,
 y al príncipe don Fortunio
 quitar la dicha que espera.

MECOT: A prevenir vuestra gente
 vamos, Tarife, y entiendan
 que somos Atlantes firmes
 de las africanas fuerzas.

TARIFE: Señor, nuestros escuadrones
 harán las lunas sangrientas
 de la sangre de cristianos,
 aunque la Fortuna adversa,
 enemiga, nos ultraje.

ATANAEL: No nos niegue el gran profeta
 su favor, que con su ayuda
 se asegura nuestra empresa.
 Toquen las cajas, levanten
 las lunas a las estrellas,
 que aunque sean medias lunas
 han de llegar a ser llenas,
 que aun el sol no está seguro
 con la creciente que llevan.

Vanse los moros

MOSQUETE: Ellos se olvidan de mí
 con la algazara que llevan.
 ¡Cuánto me valió el secreto!

Yo apostaré que me dieran
 un millón por lo que dije.
 Las carnes todas me tiemblan
 de temor, y no sé cómo
 me escape por estas breñas,
 que temo vuelvan acá
 si por desdicha se acuerdan
 de las pependencias de marras
 y me rompan la cabeza;
 échome por estos riscos.
 Dios me la depare buena.

*Vase. Salen EUROSIA, ARCISCLO, CORNELIO y
 BODOQUE*

BODOQUE: Los caballos van perdidos
 de tanto vulgar tropiezo,
 pues andan sin herraduras
 descalzos, y a lo que veo,
 se habrán puesto a religión
 y tan mediados en eso,
 que con tantas cortesías
 como todos van haciendo,
 sobre tantas reverencias
 quedarán muy reverendos.

CORNELIO: ¡Qué peñascos tan altivos,
 qué fragosos Pirineos
 son éstos, que en altas cumbres
 remontados y soberbios
 sus altas cimas ocupan
 la media región del viento!

ARCISCLO: La Naturaleza quiso,
 dividir aquestos reinos
 con estos montes, Olimpos,
 cuyos encumbrados cerros
 son vergüenza de los Alpes.

EUROSIA: Que estoy cansada confieso.

CORNELIO: ¡Qué mucho vengas cansada,
 hermana mía, si puedo

asegurar que en mi vida
 con tanto desasosiego
 me vi, pasando en batallas
 las inquietudes que el tiempo
 aborrascado ocasiona
 con el militar estruendo!
 Ni probando al mar sus fuerzas
 que alguna vez en el centro
 del arrojado Neptuno
 y ninfático elemento,
 me vi en borrascosas luchas
 con tanta inquietud del viento,
 que apenas dejó recurso
 a la piedad del cielo;
 jamás me vi tan cansado
 ni derribado mi esfuerzo.
 como agora.

BODOQUE: Algún demonio
 nos lleva por estos puertos.

EUROSIA: Todo por amor de Dios
 bien admitirlo podemos,
 que el trabajo no es trabajo
 si con el divino celo
 que los amados de Dios
 le llevaron y ofrecieron
 le admitimos; que, sin duda,
 los trabajos y tormentos
 padecidos por mi Dios
 son escalas para el cielo.

ARCISCLO: Tu peregrina virtud
 nos da a todos gran consuelo.
 Esta tierra es ya de España,
 que las noticias que tengo
 me aseguran que estos montes
 son los altos Pirineos
 que en pirámides fragosas
 hacen murallas y cercos
 dividiendo a España y Francia
 con tan singular portento,
 que el cielo parece quiso

plantar mojones soberbios
que eternamente publiquen
división de aquestos relnos.

EUROSIA: ¡Qué camino tan extraño
debe ser éste! Sospecho,
según imagina el alma,
que vamos hacia el desierto.

CORNELIO: Alguna desdicha arguyo
de ver que en algunos pueblos
que acreditan estos montes
de habitables, nunca vemos
persona que les habite,
ni topamos pasajero
que pueda darnos de España
testimonio verdadero.

BODOQUE: Yo pienso que vamos mal,
y que no voy bien: es cierto
que si mala cena anoche,
peor es hoy el almuerzo.

EUROSIA: ¡Qué alegría tiene el alma,
pues acá dentro en el pecho
me está brindando alborozos,
después acá que los senos
de tantas silvestres grutas
con tan humildes aprecios
me convidan cariciosos
con sus humillados cetros!

ARCISCLO: ¿Esto te alegra, señora,
cuando la corona y cetro
de Aragón to entristecía
según colegí otro tiempo?

EUROSIA: Tío y señor, no sin causa
de estos montes hago aprecio,
pues de su fragosa estancia
colijo que son los yermos
donde anacoretas santos
sacrificaron al cielo
sus vidas. (¡Cielo divino, Aparte
amparad mis pensamientos!)

CORNELIO: El alma toda turbada

me sobresalta en el pecho
 después acá que pasamos
 la fragosidad del puerto
 sin topar persona viva,
 con que claramente temo
 alguna desdicha enorme,
 pues estando a todo atento
 veo andar lasavecillas
 con funesto y triste vuelo
 mudando en endechas tristes
 sus concertados gorjeos;
 cubierto el sol y empañados
 sus encendidos reflejos
 con que enlutados los aires
 hacen fúnebres sus ecos;
 con que el corazón desmaya
 hasta que, piadoso el cielo,
 nos declare dónde vamos.

EUROSIA: ¿De qué te asustas, Cornelio?
 ¿No estamos ya en Aragón?

CORNELIO: Es verdad que lo sospecho;
 mas queda suspensa el alma
 hasta saberlo de cierto.

EUROSIA: En las manos de mi Dios
 anda ya todo el suceso
 de nuestra feliz jornada,
 de que fin dichoso espero.

ARCISCLO: Vamos, antes que las sombras
 le arrastren capuz al Febo,
 y el viento, monstruo de horrores,
 sea etíope elemento,
 para que llegar podamos
 en algunos de estos pueblos
 que encierran estas montañas.

EUROSIA: No nos desampare el cielo.

BODOQUE: Vamos pues, que los caballos
 se están comiendo los frenos,
 que piensan ser avestruces
 para digerir los hierros.
 ¡Voto al sol! Si no me engaño

por aquella parte veo
que hacia acá se llega un hombre.

ARCISCLO: También juzgo yo lo mismo.

CORNELIO: Con eso se alegra el alma,
que por su medio sabremos
dónde estamos.

EUROSIA: (¡Ay de mi! Aparte
¡Cielo divino! ¿Qué es esto?
¿Qué glorias espera el alma
en lo bronco de estos cerros
que parece que en sus grutas
ha depositado el cielo
el colmo de mi esperanza,
noble gozo del deseo?)

Grita de dentro

MOSQUETE: ¡Laura, señora Leonor!

BODOQUE: ¿Quién diablos es el estruendo
qué alborota aquestos montes?
¿Quién va allá?

MOSQUETE: En el infierno
deben estar estas hembras,
pues en todo aqueste tiempo
no parecen en el mundo.

BODOQUE: ¿Quién va allá?

Sale MOSQUETE

MOSQUETE: ¡Jesús, Santelmo!

.....

BODOQUE: ¿No responde?

MOSQUETE: ¿Si son éstos
algunos moros que buscan
que les diga otro secreto?

CORNELIO: Amigo, escucha.

MOSQUETE: ¿Quién llama?

CORNELIO: No te apartes, así el cielo

te haga dichoso en cuanto
ha intentado tu deseo.

MOSQUETE: ¿Qué? ¿Querías engañarme
con halagos?

CORNELIO: No es mi intento
engañar a nadie.

MOSQUETE: (¿No? Aparte
Aun me pelen si le creo.
Qué diré si me preguntan?
No sé qué decir; si quiero
escaparme con huír,
me alcanzarán al momento,
porque estoy lleno de callos
con jamás tener silencio.)

BODOQUE: ¿Oye usted, señor hidalgo?

MOSQUETE: No se acerque, señor perro,
que le tiro con un canto
si se llega.

BODOQUE: ¡Majadero!

CORNELIO: Calla, Bodoque, no alteres
con amargos desatentos
a quien puede ser la guía
de todos nuestros aclertos.

BODOQUE: Pues si perro me ha llamado,
¿he de callar?

EUROSIA: El silencio
es el que logra dichoso
en la prudencia el imperio;
éste es hombre muy sencillo,
de aquéllos en quien el tiempo
de la inocencia guardó
para varios escarmientos
de la vanidad del mundo,
pues viviendo en estos cerros
viven siempre muy gustosos
sin los muchos devaneos
que en la villa y ciudades
a muchos les vuelven necios.
Habladle con humildad
y sabréis sus pensamientos.

CORNELIO: Llégate, amigo, no temas.

MOSQUETE: ¿Sois cristianos?

BODOQUE: Y muy buenos,
de los mejores del mundo,
flamantes, lindos y nuevos.

MOSQUETE: Yo no me fío en cristianos
que no son cristianos viejos.

ARCISCLO: Por amor de Dios, amigo,
si lo merece mi ruego,
no te vayas.

MOSQUETE: ¡Para el puto
que no tuviera escarmiento,
de haber topado otras veces
quien me ha dado pan de perro!

EUROSIA: Escucha, noble cristiano,
y no extrañes el concepto
de llamarte noble amigo,
porque quien en todo tiempo
de padres cristianos nace,
es noble de nacimiento.

MOSQUETE: Es verdad, voto a mi sayo,
y por eso, yo acá dentro
me sentía siempre un rey,
o algún marqués por lo menos.
(¡Vive Dios que es muy hermosa Aparte
esta dama! Ya estoy cierto
que no son moros. Si acaso
me cogiera en tal concepto
que de mí se enamorase,
por Dios me casara luego
con ella, a pesar de Laura.
Pero preguntarle quiero.)
¿Habéisme visto a Leonor?

EUROSIA: Por quien preguntas no entiendo.

MOSQUETE: Una mujer de los diablos.

BODOQUE: ¡Han visto tal embeleco!
¿Los diablos tienen mujer?

MOSQUETE: ¿Eso dudas? Pues yo entiendo
que tienen tantas, que aina
verás del primer empeño

que sacan a puntillazos
a los diablos del infierno.

EUROSIA: Dinos, ¿En qué tierra estamos,
qué rey gobierna estos reinos
y cómo tan despoblados
tiene todos estos pueblos?

MOSQUETE: Si me aseguráis la vida
diré todo lo que siento,
que, aunque no parecéis moros,
presto podéis parecerlo.

CORNELIO: De mi parte te aseguro,
y por todos lo prometo,
no sólo nunca ofenderte;
pero el agradecimiento
debido a merced tan grande.

MOSQUETE: Si me habéis de agradecerlo,
no sea en algunos palos.

EUROSIA: Esta sortija es lo menos
que te puede dar mi amor.

MOSQUETE: Ahora bien. Yo me acerco
y con aquesta sortija
estoy loco de contento.
Ya parece que estas cosas
van oliendo a casamiento.

EUROSIA: Sácanos de nuestras dudas,
que, por mi Dios, te lo ruego.

MOSQUETE: Decid primero quién sois.

CORNELIO: Somos amigos bohemios.

MOSQUETE: ¡Ta, ta, ta! Ya los conozco,
por la fama, desde lejos.

CORNELIO: Ésta es mi hermana y el sol
en cuyo lucido espejo,
se mira toda Bohemia.

MOSQUETE: Agora bien, yo doy en ello;
¿qué mucho me calentare?
Por Dios que sale a mal tiempo,
y plegue a Dios no se eclipse
antes de salir San Pedro.

EUROSIA: ¿Qué te alteró?

MOSQUETE: Grande mal.

EUROSIA: Dilo al punto.

MOSQUETE: No me atrevo.

¡Gran desdicha!

EUROSIA: No dilates

declarar tu sentimiento.

MOSQUETE: ¡Ay, señora! El moro lleva

con rigor a sangre y fuego

los pueblos de estas montañas,

que lo restante del reino

todo es suyo.

EUROSIA: No respondes

todo lo que te he propuesto.

MOSQUETE: Éste es, señora, Aragón,

con cuyo cristiano cetro

el príncipe don Fortunio

te esperaba, y aun entiendo

que te sale a recibir,

por considerar el riesgo

que corres; mas, no sabrá

que pasaste ya los puertos,

porque, a saberlo, sin duda

que fuera más pronto en ello.

ARCISCLO: ¡Gran desdicha!

BODOQUE: ¡Para el puto

que pase de aqueste puesto!

CORNELIO: Ya van saliendo verdades

las que iba el alma temiendo.

EUROSIRA: Nó témáis, tío y hermano,

fiad del amor inmenso

de aquel soberano Dios,

que, ajustando nuestro intento

con su voluntad, no hay duda,

guiará, fanal excelso,

la nave de nuestra vida

a tomar seguro puerto

donde las mejores dichas

nos quiera franquear el cielo.

BODOQUE: Vuelta, rienda, que esto es malo;

huyamos aqueste riesgo.

CORNELIO: ¿Tiene mucha gente el rey

para resistirse?

- MOSQUETE: Cierto
 que faltando, yo presumo
 que ande todo por el suelo,
 que el moro tiene diez mil
 y mi rey aun no diez cientos.
- CORNELIO: Con tanta desigualdad
 seguro está el vencimiento
 por los moros. ¡Qué desdicha!
- ARCISCLO: ¡Cielo divino! ¿Qué es esto?
 ¿Y andan moros por aquí?
- MOSQUETE: No pienso que están muy lejos,
 que, prevenidos, aguardan
 cogeros en cautiverio.
- BODOQUE: Volvamos atrás, señores,
 hasta que en la Francia entremos,
 que podremos esperar.
- ARCISCLO: ¿Qué te parece, Cornelio?
- CORNELIO: Tío y señor, gran desdicha
 estoy mirando y temiendo.
- ARCISCLO: Volver atrás es cordura.
- CORNELIO: No parece mal intento.
- BODOQUE: No hay sujeto como yo
 para dar un buen consejo.
- EUROSIA: ¿Qué es volver, tío y señor?
 ¿Adónde, hermano Cornelio?
 Después de tantas fatigas,
 ¿volver a pasar los puertos?
 Si el temor os acobarda,
 ¿no tiene el sagrado centro
 de estas ásperas montañas
 naturales pavimentos
 en cuyas silvestres grutas
 sin tanta inquietud podemos
 esperar las ocasiones
 en que con menores riesgos
 podamos pasar al colmo
 más feliz de nuestro intento?
 (Ésta es la que solicito Aparte
 y la que ha guardado el cielo

para más dichosos fines
ocultos en sus secretos.)

MOSQUETE: En este monte podéis
esperar un poco tiempo
subiendo por esta falda
hasta llegar a unos huecos
cubiertos de firmes rocas,
que yo voy por estos cerros,
si acaso puedo escurrirme,
a dar al príncipe luego,
si los moros no me zampan,
noticias de este suceso.

Vase MOSQUETE

EUROSIA: Vamos luego, porque importa,
antes que el pagano adverso
nos descubra.

CORNELIO: Ya podrás
subir, hermana, al excelso
pirámide, señalado
para nuestro albergue.

EUROSIA: Creo
que la divina bondad
de mi Dios me dará esfuerzo
para llegar a la cumbre,
donde consagrar espero
mi vida a mi dulce Esposo,
dulce fin de mis deseos.

BODOQUE: Y los caballos, ¿qué harán?

ARCISCLO: Eso viene a ser lo menos.
Vamos, pues, que yo confío
que nos ha de dar el cielo
entre tantas inquietudes
el más divino consuelo.

CORNELIO: Las tristezas que hasta aquí
en alegrías convierto,
pues me dice el corazón
acá dentro de mi pecho

que tendrá nuestra jornada
felicísimo suceso.

EUROSIA: Llevando la fe de Cristo
por blanco de nuestro intento,
¿qué moro nos acobarda?

ARCISCLO: Sobrina mía, el consuelo
que más alborozaba el alma
es verte con tanto esfuerzo,
de la fe de Cristo Atlante,
que con esto nada temo.

CORNELIO: ¿Qué glorias puedo esperar
quedando séguro y cierto
de tu constancia, más vivas
que las que dichoso espero,
si en estas silvestres grutas
por la fe de Cristo muero?

EUROSIA: Dichosa yo que he llegado;
mil veces dichosa puedo
llamarme, pues que llegué
al colmo de mi deseo
y acompañada de dos
columnas del sacro templo
de aquel Salomón divino,
con cuyo arrimo bien puedo
asegurarme constante
en el más divino empleo,
hecha víctima dichosa
de mi esposo y de mi dueño.

BODOQUE: No voy muy de buena gana,
porque me presumo y temo
que daremos en las llamas
pensando salir del fuego.

Vanse. Hablan dentro

ATANAEL: Cercad todos esos montes,
que los caballos que tascan
esos prados pronostican
que tenemos ya la caza

en sus senos escondida.

Salen los MOROS

MECOT: He de abrasar la montaña
si no topare en sus grutas
lo que mi valor contrasta.

TARIFE: Subamos aquesta cuesta,
que, por huír su desgracia,
sin duda se habrán subido
hasta la cumbre más alta;
pero no se han de escapar
si la vida no me falta.

MECOT: ¡Qué penosa es esta cuesta!

ATANAEL: Prosigue: el paso adelanta
a esos riscos a quien ciñe
tanto plumaje de plata
de este arroyo, que es espejo
de tan excelsa montaña,
que el corazón adivina
que en habitación opaca
es todo propicio a quien
buscan con furor mis ansias.

TARIFE: No ha de escaparse persona
que siga la ley cristiana
de mi cuchillo arrogante.

MECOT: Aunque toda esta montaña,
como de plantas vestida,
de gente fuera poblada,
temblara de ver desnuda
esta corva cimitarra.

ATANAEL: De vuestro valor confío
que, a la mayor repugnancia,
daréis muestra de quien sois.
Hoy daréis nombre a la fama
con la dicha que esperamos,
que aquestas tiernas pisadas
me aseguran que han pasado
a ocultarse en la montaña

los dueños de los caballos
que están del monte a la falda.

MECOT: Ya parece que los tengo
hechos treinta mil migajas.

TARIFE: Detente, el paso reporta,
que en aquella cueva opaca
se suena rumor de gente.

ATANAEL: Ea, pues, moros, al arma,
no quede persona viva
si fuere gente cristiana;
pero advertid que si fuese
[esa] hermosa bohemiana
que buscamos, no le deis
la muerte.

*Corren una cortina y se ve dentro a los
cristianos*

TARIFE: ¡Qué grande caza!
Nueve tenemos aquí.
¡Rendid, villanos, las armas!

MECOT: ¿Qué gente sois? Advertid
que mi capitán os manda
que dejéis la fe de Cristo.

CORNELIO: Eso no; antes la espada
misma que ya te rendí,
abra, moro, en mis entrañas
puerta, por que el corazón
misteriosamente salga
a dar gracias a mi Dios
de la vida que le aguarda.

TARIFE: ¿Cómo esperas tener vida
si la muerte te amenaza
sólo por seguir a Cristo?

CORNELIO: ¡Oh, bárbaro, qué ignorancia
te ocupa el pecho! ¿No sabes
que el morir por Cristo es larga
vida con que el justo vive

en la bienaventuranza?

BODOQUE: ¿Por dónde podré escurrirme?

¡Que no tenga puerta falsa
esta casa de peñascos,
ni resquicios, ni ventanas!

ARCISCLO: Valor, amigos, que es hora
de dar ya sacrificadas
las vidas a nuestro Dios.

TODOS: Nunca el corazón desmaya
para tan divina empresa;
reciba Dios nuestras almas.

MECOT: Pues morid, fieros cristianos,
y mi cuchilla esforzada
sea instrumento a quien
de Mahoma la fe santa
deba aplausos contra injurias
de la cristiana canalla.

Entran y corren la cortina

ATANAEL: Advertid. Si entre estos mismos
está aquella hermosa dama
que es princesa de Bohemia,
sacaréisla acá, que el alma
se promete reducirla
a la secta mahometana.

Traen a EUROSIA

MECOT: Ya quedan todos tendidos
en la tierra, cuyas ansias
publican en tristes quejas
el rigor de mi arrogancia.

TARIFE: Esta sola es la que Alá
con algún misterio guarda
para esposa de mi rey.

EUROSIA: (¡Divino Sol de mi alma, Aparte
alumbradme en claros giros,

no malogre la esperanza
que tuve de ser dichosa!)

ATANAEL: Lucero hermoso del alba,
¿eres la princesa acaso
de Bohemia, cuya fama
extendida por el orbe
hizo publicar tus gracias?

EUROSIA: Yo soy Eurosia y bohemia,
la mujer más desdichada
que tiene el mundo. (¿Si acaso Aparte
la corona me dilatas
del martirio, Virgen pura?)

ATANAEL: Dichosa serás si esmaltas
tus ojos, divinos soles,
en la secta mahometana.

EUROSIA: (¿Qué es esto? Cielos, valedme. Aparte
¿cómo entre mis camaradas
yo sola quedo con vida?
¿Cómo tanto se dilata
la corona, Esposo mío,
que tengo tan deseada?)

ATANAEL: Si dejas la fe de Cristo
serás, ilustre bohemia,
la más dichosa mujer
del mundo, pues cuanto bañan
los rayos de Febo y Cintia
verás postrado a tus plantas.

EUROSIA: Mal conoces mi valor:
¡qué fácilmente te engañas!
(¡Dulce Jesús de mi vida! Aparte
¿No es hora ya que mi alma
triunfe de los tormentos
que crüeles me amenazan?)

ATANAEL: Resuélvete a lo que digo.

EUROSIA: Tu porfía es excusada.

ATANAEL: Olvida a Fortún Garcés,
que, con Abén Lop casada,
podrás feliz coronarte
por Reina de toda España.

EUROSIA: Nada estimo tus promesas,

que más noble Esposo aguarda
mi corazón. No dilates
con esa tirana espada
hacer lo mismo que hicieron
tus villanos camaradas
en los que, aunque yertos, viven
en la bienaventuranza.

ATANAEL: Quitadla de mi presencia,
y en esa cumbre más alta,
con la crueldad posible,
tomad en ella venganza
de la ofensa que a mis dioses
hace aquesta vil cristiana.

TARIFE: Vamos, pues.

EUROSIA: Cielo divino,
doy las muy debidas gracias
a tanto favor; no olvides,
ángel santo de mi guarda,
esta feminil criatura
que tienes encomendada.

*Baja un ÁNGEL de lo alto y caen los MOROS en
tierra*

ÁNGEL: ¿En qué quieres mi asistencia,
Eurosia, divina esposa
de Jesús?

EUROSIA: A tu clemencia
postro toda mi obediencia
para ser la más dichosa.

ÁNGEL: ¿Qué pasión más te atormenta
en tan riguroso trance?

EUROSIA: La grave sed que avarienta
quitarme la vida intenta
antes que el martirio alcance.

ÁNGEL. Con esta vara excelente,
en esta montaña amena
sacarás luego una fuente
cristalina y aparente

con que aliviarás tu pena.

Toma la vara y darás
con ella en la tierra dura,
y a los tres golpes verás
que raudales sacarás
que coronen esta altura.

EUROSIA: Ángel mío soberano,
¿qué favor tan singular
me quieres comunicar?
No merezco que esa mano
me dé tanto que estimar;
que padezca sed se ve
pues lo pinta mi dolor,
pero también mi Criador
la padeció; pues ¿por qué
no la ha de sufrir mi amor?

Por que aumente mi dolor
la tierra tengo de herir
y la fuente ha de salir;
mas a su vista mi amor
esta sed ha de sufrir.

ÁNGEL: No sólo en aquesta sierra
tu Esposo merced te fragua,
mas en cuanto el mundo encierra
tendrás dominio en el agua
para que riegue la tierra.

EUROSIA: Para el martirio, el valor
de mi pecho no se aparte.

ÁNGEL: Ya te asegura mi amor
estar siempre de tu parte.

Súbese el ÁNGEL

EUROSIA: Dios te conserve en su amor.

Tierra, al Criador sabéis
que el respeto obedencial
os toca; si no tenéis
agua ni os es natural,
sacad, que sudar podéis.

*Da los tres golpes con la vara en tierra y sale
agua*

¡Qué milagro prodigioso!
¡Que merezca, Esposo mío,
dulce Dueño, amado Esposo,
tanto favor! Fervoroso
os da gracias mi albedrío.
¡Qué hermosa fuente salió!

Vuelven en sí los MOROS

ATANAEL: ¿Qué turbación es aquésta?

TARIFE: Un resplandor me cegó
bajando por esta cuesta
que el aliento me quitó.

MECOT: Sin duda Mahoma ha enviado
algún garzón de su casa
y a esforzarnos ha bajado,
aunque nuestra suerte escasa
nos haya puesto en cuidado.

ATANAEL: Al instante dad la muerte
a esa cristiana atrevida,
antes que otro amago fuerte
nos dé Mahoma de suerte
que nos deje aquí sin vida.

TARIFE: Para que más gusto demos
a nuestro profeta santo,
¿qué castigo le daremos?

MECOT: La cabeza le cortemos.

EUROSIA: (¡Qué alborozo, cielo santo! Aparte
¡Qué alegría tengo en mí
con la sentencia que oí!

ATANAEL: Atormentadla a porrazos,
cortarle piernas y brazos,
y en estando puesta así,
yo mismo, con mi destreza,

le quitaré la cabeza.

MECOT: Vamos, vamos.

EUROSIA: Ya te sigo.

¡Dulce Jesús, id conmigo!

TARIFE: ¡Por Alá que es linda pieza!

ATANAEL: Esto digo por si acaso

la reducirá el temor.

No ames tanto tu dolor,

Eurosia, por ti me abraso;

convierte a mi ley tu amor.

EUROSIA: Desengáñate, inhumano,

que no tengo de dejar

a mi Esposo singular

por tu mala fe. Tirano,

¿qué pretendes conquistar?

ATANAEL: Convertirte si es posible

a mi ley.

EUROSTA. Vas engañado

con esta fe tan horrible.

ATANAEL: Ya me tienes apurado

con esa fiema insufrible.

EUROSIA: Dulce Jesús de mi vida,

¿qué es del día tan dichoso

que ganándoos para esposo

he de hacer yo mi partida?

ATANAEL: Ya estoy contigo furioso.

TARIFE: Paréceme que no acierta

en matarla o estoy loco.

MECOT: Yo rabio por verla muerta.

ATANAEL: Llévala, que poco a poco

podrá ser que se convierta.

Vanse y llevan a EUROSIA. Salen MOSQUETE y

LAURA

MOSQUETE: Laura mía, ¡que te veo!

¿Eres Laura o eres diablo?

¡Sí, por vida de San Pablo,

que te veo y no lo creo!

LAURA: ¡Qué bien se ve lo que estimas
 mi fino amor, bodeguero!

MOSQUETE: ¿De cuándo acá a tabernero
 mi noble oficio sublimas?

LAURA: ¿Qué oficio tienes, Mosquete,
 que logra tan noble fama?

MOSQUETE: Guardacarne de tu ama,
 y de mi amo alcahuete.

LAURA: ¿Cómo nos fuiste a dejar
 solas en el campo, aleve?

MOSQUETE: ¿Cómo? Como quien se atreve,
 os dejé y me fui a pillar.

LAURA: Yo con mi ama Leonor
 me volví luego al instante.

MOSQUETE: ¿No os cogieron?

LAURA: Es constante.

MOSQUETE: ¿Qué es del conde mi señor?

LAURA: Con el príncipe quedó
 y creo que viene allí.

MOSQUETE: Hoy gano albricias aquí.

LAURA: ¿De qué?

MOSQUETE: Ya me lo sé yo.

*Salen el PRÍNCIPE, el CONDE y
LEONOR*

CONDE: La gente está prevenida;
 dispóngase la jornada,
 señor, al punto, que es cierto
 hay peligro en la tardanza.

PRÍNCIPE: ¿Qué número de soldados
 es el que nos acompaña?

CONDE: Cuatrocientos montañeses
 tan esforzados que bastan
 a conquistar medio mundo.

PRÍNCIPE: ¿Y están vestidos de gala?
 Notable victoria ha sido.

CONDE: Victoria ha sido extremada.

PRÍNCIPE: A ti, valiente Leonor,

se debe.

LEONOR: Y a todas cuantas
vistieron esta librea;
que la Virgen soberana
en una de su familia
me dio la moda bizarra.
Ésta fue Eurosia; que vive
en la celestial morada,
cuya cuchilla arrogante,
por quien fue martirizada,
nos dio tan grande victoria
por timbre de nuestras armas.

PRÍNCIPE: Por tanto favor del cielo
a María sacrosanta
prometo un templo devoto
con invocación sagrada
de Virgen de la Victoria;
y por seguir las pisadas
de la que amé por esposa
hasta la celeste patria,
en el convento de Leire
daré fin a mi esperanza.

CONDE: Aquesta ciudad ilustre
dará a María las gracias,
el primer viernes de mayo
de merced tan señalada
todos los años; y a Eurosia
tendrá la ciudad de Jaca
por su ínclita patrona.

LEONOR: Estos moros a las plantas
de vuestra alteza rendidos
postran toda su arrogancia.

CONDE: Y también de cuatro reyes
las cabezas coronadas.

Sale MOSQUETE con una bandera vieja

MOSQUETE: Y también esta bandera
que quité a bofetadas

a veinte moros ya muertos
a pellizcos y a patadas.

PRÍNCIPE: Con tan insignes trofeos
entronizan la cruz blanca
de tantos moros vencidos
las banderas y las lanzas
añadiendo estas cabezas
al escudo de sus armas.

MOSQUETE: Con esto, señores míos,
ya parece cosa honrada
que ponga fin a su historia
la joya de las montañas.

FIN DE LA COMEDIA